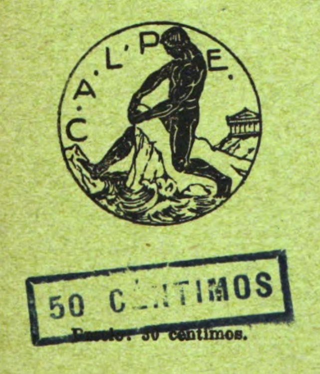
COLECCION UNIVERSAL

N.º 189

E. GÓMEZ CARRILLO

Ciudades de ensueño



MADRID-BARCELONA
MCMXX

COLECCION UNIVERSAL

E. Gómez Carrillo

CIUDADES DE ENSUEÑO

MCMXX

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española.

COLECCIÓN UNIVERSAL

E. GÓMEZ CARRILLO

Ciudades de ensueño

Constantinopla. — Jerusalén.
Atenas.—Damasco.—Nikko.



MADRID-BARCELONA
MCMXX



"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

GOMEZ CARRILLO, JUZGADO POR MAETERLINCK

Algunos periódicos han publicado últimamente la traducción de un artículo de Maurice Maeterlinck sobre Gómez Carrillo. He aquí los principales pasajes de ese bello trabajo, que constituyen el mejor prólogo para este tomo de la "Colección Universal".

Soy yo menos que nadie para hablar de Gómez Carrillo. De su obra considerable conozco sólo los libros de guerra y de viaje, y aun esos leídos a través de traducciones que parecen excelentes. Pero traducir a un poeta—y Carrillo es, ante todo, un gran poeta en prosa—es transvasar más o menos diestramente un líquido perfumado, cuyos mejores aromas y más sutiles se alteran y evaporan.

Sólo he leído sus escritos de guerra y de viajes, que, por lo demás, tienen un estrecho parentesco. Porque la guerra que él describe por modo tan humano y colorido, no es sino un viaje más patético que los otros a los países de las locuras y las ferocidades del hombre.

Allí está todo entero Carrillo, con sus cualida-

des todas, y no añadiré, como es uso, con sus defectos, porque, como viajero, no se los conozco. Da él la impresión del peregrino perfecto, del peregrino que uno querría ser. Y ya vaya a Egipto o a Palestina, a la Champaña o a Flandes, él es siempre el mismo hombre, el mismo testigo que sabe verlo todo, oirlo todo, comprenderlo todo y amarlo todo, y que, sobre todo, sabe escoger en todos los aspectos, en todos los escenarios, en todos los medios, en todos los pensamientos, en todos los sentimientos, aquellos que pensamos habríamos escogido nosotros mismos.

No es fácil caracterizar su manera: tanto es sencillamente amplia y humana. Si se le compara a los grandes viajeros, que son, más de lo que se cree, grandes bienhechores, no se parece a ninguno, no tiene ninguna de sus manías; pero diríase, en cambio, que todos le han dejado alguno de sus mejores dones. Sabe pintar un paisaje, una ciudad, un palacio, como Teófilo Gautier; pero alcanza además a poblarlos, y en él el mármol y el bronce no aplastan a los hombres. Es a veces risueño, familiar y exuberante, como Dumas padre; pero se ve que su imaginación está siempre al servicio de la más estricta verdad. Cuando hace falta muéstrase preciso, meticuloso, narrativo y gráfico, como Stendhal; especulativo y documentado, como Taine; fatalista sombrío, pictórico, melancólico y vago, como Loti; sensitivo, soñador y sutil, como Gerardo de Nerval; ergotista, combativo, práctico y moderno, como

Julio Huret, de quien tiene la ojeada pronta y despiadada y la frase instantánea. Y todo esto se funde y se armoniza, forma un tejido unido y sin costuras, sin piezas, atravesado por hilos de oro y plata, que nos avisan de que bajo el escritor febril vive un poeta que no desmaya por nada y a quien los mejores poetas de hoy saludan como a un gran hermano turbulento e infatigable.

Infatigable, esa es la palabra exacta. Su vida —que ha de referirnos pronto—recuerda la de aquellos magníficos artistas del Renacimiento italiano que derrochaban ardientemente tres o cuatro existencias en una sola y conocían la vida tres o cuatro veces mejor que los que no consumen sino una.

Pero no es mi intención trazar ahora las maravillosas aventuras del último de los románticos, que ha sabido realizar y renovar sin tregua y sin fatiga, en el curso de las semanas y de los días, tan monótonos para los hombres medio somnolentes, que somos casi todos, la mayor parte de los bellos ensueños que los demás sólo hemos acariciado en los ardores de nuestros veinte abriles.

No hablaré tampoco hoy del compañero a quien he conocido ya en el ocaso de mi vida, en la cual ocupa el mismo lugar que los más íntimos y queridos amigos de la infancia y de la adolescencia.

Pero quiero, por lo menos, antes de terminar estas palabras, recordar todo lo que debemos a

ese corazón caballeresco, que sin tener nada que ganar y sí mucho que perder al adoptar tan generosa actitud, irguióse a nuestro lado y fué uno de los que primero y tal vez el que más ardientemente de todos, en medio del silencio egoísta del resto de la tierra, elevó una voz que desde entonces no ha dejado de vibrar con bella armonía en defensa de la justicia y de la bondad.

CONSTANTINOPLA

"¿Qué será de Constantinopla mañana?... ¿De quién será?... No es el punto de vista político del problema el que nos preocupa, sino el otro, el más importante para los que no somos ni diplomáticos ni militares: el artístico... ¿Volveremos a ver Stambul tal cual lo hemos visto?... Guardemos, por lo menos, su imagen sagrada para enseñarla a nuestros hijos."

PIERRE LESTREZ.

De pronto, en los confines del mar, es como una visión de *Mil y una noches*, que surge, como un espejismo que se levanta de las aguas azules y que llega hasta el cielo azul... No son las torres más altas las que primero aparecen. No son los domos más blancos los que primero se ven. Es toda la ciudad, con todos sus contornos, flotando en una atmósfera de amatista, entre velos muy tenues, muy suaves. Y nada en el conjunto sobresale; nada exige una mirada preferente; ningún alminar se eleva más que los otros; ninguna cúpula embarga la atención deliciosamente dispersa. Cuando el tiempo es claro, se diría un pano-

rama de esmalte, algo borrado por los siglos. Cuando es la hora crepuscular, cuando el sol ilumina la tierra con sus resplandores rojos, los vidrios de las ventanas arden en llamas innumerables, y la metrópoli entera luce como iluminada para una fiesta.

* * *

¡Qué día no está de fiesta Stambul! Ayer y anteayer, cuando los vencedores cristianos parecían acercarse a sus puertas, la vida era, en sus calles, la misma de siempre. Los europeos, acostumbrados a la fiebre de los pueblos de Occidente en las horas de crisis y de pánico, muéstranse, en casos cual esos, estupefactos al considerar que ni la guerra, ni la derrota, ni la peste logran crispar la faz del Oriente. "Nadie sabe—escriben—cuándo nos hallamos en plena tragedia." Pero lo que olvidaban es que la tragedia es el estado normal de Constantinopla. Desde los tiempos de Mohamed II y la invasión turca, ¡qué digo!, desde los días de los asaltos de los cruzados, desde antes, desde la época de los remotos *basileus*, desde siempre, la maravillosa ciudad ha vivido en perpetuo melodrama. Por cualquiera parte que se abra el libro de los fastos locales, lo primero que aparece es un cortejo sangriento. Allá, muy lejos, muy lejos, entre las brumas bizantinas, son los Césares augustos en sus dalmáticas consteladas de pedrerías, temblando siempre ante el veneno de las copas de oro, estremeciéndo-

se sin cesar ante los puñales cegadores. Más cerca, en la época musulmana que ahora agoniza, son los sultanes envueltos en sus mantos rojos, los sultanes que nacen en la sangre, que viven en la sangre, que sucumben en la sangre. Cada rincón de Stambul está marcado por una mancha roja. Cada una de sus cúpulas cubre el recuerdo de una hecatombe. Pero los que acabamos de llegar con el alma llena de curiosidad exótica, no lo vemos. ¿Hemos venido acaso para levantar las piedras ennegrecidas de los cementerios?... ¡Atrás, fantasmas siniestros; atrás, sombras ululantes de basileos y cruzados, de visires y favoritas; atrás, verdugos de enormes alfanjes amenazadores! Lo que nos interesa es la vida y no la muerte.

* * *

La vida tiene aquí un carácter que no se asemeja al de ninguna otra población oriental. No es la monotonía comerciante de Smirna, con sus muelles llenos de mercaderías, con sus calles pobladas de tiendas suntuosas, con sus bazares lucientes de tapices y de sedas. No es el misterio callado de Damasco y de sus altas tapias pardas, que esconden el lujo voluptuoso de la vida y el rencor medroso del fanatismo. No es la alegría sonora del Cairo, con sus multitudes risueñas y sus jardines floridos y sus paseos umbríos. No es el desorden multicolor de Bairut, ni la melancolía tropical de Jafa, ni la gravedad silenciosa de Ro-

das. Es una vida múltiple y única que está en las plazas y en las calles, y también en las azoteas, y, sobre todo, en el agua.

La arteria más animada de la ciudad, en efecto, es ese divino Cuerno de Oro en el trayecto del puente de Galata, tan tumultuoso, al barrio de Eyub, tan triste. Los caiques pasan, se cruzan, se rozan, se siguen, se entrechocan, y el movimiento es de tal modo intenso, que uno llega a veces a preguntarse si la población entera no se ha dado cita para celebrar alguna fiesta náutica en este inmenso canal cerúleo. De todas las colinas, incesantemente, las multitudes descienden hacia los embarcaderos, y sin prisa, y sin fiebre, se acomodan en los barquichuelos. Cada embarcación es una minúscula Babel flotante. Los trajes, los tipos y las lenguas son de una variedad increíble. Porque Constantinopla es la metrópoli de Oriente. Junto a los otomanos conquistadores, viven en su seno los griegos conquistados. Y entre los griegos y los otomanos, una infinidad de pueblos se agrupan, odiándose tal vez en el fondo, pero fraternizando en la forma. Los armenios, venidos del fondo del Asia Menor, ostentan con orgullo sus rostros finos, en los cuales se lee la inteligencia de la raza. Los circasianos, de luengas barbas, pasan envueltos en sus mantos teatrales, bellos como dioses.

Los albaneses hacen sonar sus puñales damasquinados y sus collares de plata. Los judíos, con sus rostros de aves de presa, se insinúan por

todas partes, siempre solícitos, siempre humildes en apariencia. Los cíngaros arrastran sus harapos luminosos con una pureza llena de voluptuosidad y de misterio. Los tártaros, cubiertos de pieles de carnero, miran insolentemente con sus ojillos negros. Los sirios, en fin, altos, esbeltos, tranquilos, yérguense en sus túnicas bíblicas.

* * *

Y estas gentes de aspectos diferentes y de almas más diferentes aún; estas gentes que ni se comprenden, ni se estiman, ni se conocen siquiera, viven mezcladas, codeándose en las plazas, fraternizando en los barcos y confundiéndose en los cafés, pero separándose en los umbrales de los templos. La verdadera división es la fe. Para negociar, todos encuentran medios de expresarse en común. Para orar, cada uno guarda su idioma y sus gestos primitivos. En nombre de un Dios único, las razas de Oriente se detestan y se acuchillan. Las torres de las iglesias, los alminares de las mezquitas y los domos de las sinagogas, son las verdaderas fronteras de los diversos pueblos que viven en Constantinopla. Los mismos hombres que en las encrucijadas se abrazan y que en los bazares se juran amistad, en los atrios lánzanse miradas preñadas de odio. No hay más que ver pasar a los sacerdotes de las sectas para comprenderlo. Cuando un derviche musulmán, vestido con su caftan de lana gris y tocado con su

alto bonete de mágico prodigioso, atraviesa por entre las tiendecillas de griegos, no hay ceño que no se frunza. Cuando un franciscano hace sonar su rosario por los barrios musulmanes, las pupilas lucen cruelmente detrás de las celosías de sándalo. Cuando un pappas ortodoxo pasea su barba negra y su birrete negro por las callejuelas judías, las puertas se cierran con violencia. Cuando aparece un rabino por una esquina armenia, en fin, hasta los niños hacen el signo de la cruz y salen corriendo. Los siglos pasan sin desgastar los odios de capillas.

* * *

El europeo que llega a Constantinopla, lo primero que pide, después de la visita sacramental a Santa Sofía, es visitar una casa turca de las que aun conservan, a la sombra de los altos muros de las mezquitas santas, el carácter de antaño. ¡Tiene tal prestigio el enigma de la vida musulmana! Con la imaginación, todo occidental se figura que, apenas trasponga una puertecilla de las que aparecen siempre cerradas, un jardín encantado va a aparecer ante su vista. Y detrás del jardín ve una vasta sala de mármol, en la cual las favoritas, recostadas en divanes de damasco, hácense abanicar voluptuosamente por esclavas negras. Así, si logra penetrar en la realidad, acaba por decir:

—¿No hay otra cosa?

Y es que, en verdad, si algo es poco parecido a

las imágenes de los cuentos de Scherazada, son estas casitas de madera del viejo Stambul. Apenas abierta la puertecilla, hállase uno en la penumbra de un largo pasillo. Un criado descalzo abre los aposentos del selamlik, que es la parte del hogar reservado a los hombres. Dentro, encuéntranse algunas mesitas bajas cargadas de cajetillas de cigarrillos, algunos taburetes incrustados de nácar, algunos divanes cubiertos de telas rojas, algunos armarios cerrados. Es todo lo que un musulmán puede enseñar. En cuanto al haremlik reservado a las mujeres, es un antro sagrado. Pero si el occidental lograra penetrar en él, tampoco vería sus sueños convertidos en realidades. Los aposentos femeninos no son sino habitaciones como las de los hombres, y en ellas las mujeres, lejos de esperar reclinadas entre cojines la visita del amo, llevan una vida activa de familia.

* * *

Lo único que aun hace pensar en las escenas imaginadas por los poetas es la hora en que las favoritas de los bajaes y de los beys hacen su *toilette*. ¡Ah, con qué facilidad se ha conservado siempre igual, siempre ritual, la coquetería de las damas turcas! La más refinada de las parisienses no tiene una idea de lo que una oriental necesita para creerse bella. Con un cuidado religioso, las esclavas tiñen a sus amas, cantando tonadas adormecedoras, las uñas de los pies y de las

manos. Luego pasan y repasan muy escrupulosamente por las pestañas temblorosas un pincel muy fino. Las ojeras requieren un cuidado especial. Para el arreglo de la cabellera, tres servidoras, por lo menos, son necesarias. Mas nada es tan meticuloso como la pintura ligeramente rosada de las mejillas. "Y todo eso—piensan las europeas—, ¿para qué?" Apenas la *toilette* terminada, en efecto, cuando llega el momento de encaminarse hacia el paseo cotidiano de las Aguas Dulces, la pobre dama turca tiene que endosar el *charchaf* obscuro que oculta su cabeza y su rostro, y que vela con una discreción odiosa las divinas líneas de su cuerpo.

¡Ah! Seguramente, las europeas, que dejan para sus esposos las greñas sin peinar y los labios sin colorear, no se tomarían tantas molestias. Pero las otomanas, que no viven sino para sus dueños, guardan para el secreto del harén sus encantos, y no suponen siquiera que sea posible componerse con el solo objeto de ser vistas por ojos extraños.

En la calle, alrededor de los patios de las mezquitas, el espectáculo de las mujeres veladas es irritante. La revolución joven turca, que transformó las costumbres, dando un barniz europeo a la vieja ciudad de los Sultanes, no pensó ni un minuto que lo más necesario era libertar a las mujeres de este uniforme obscuro, que es lo más espantoso que existe. En otras ciudades musulmanas, en Damasco, en el Cairo, en Túnez, por

lo menos se ven los ojos y se entrevé el cuerpo. Aquí no se ve nada. El velo cae espeso sobre todo el rostro, y el dominó cubre todo el busto. Las más atrevidas y las más modernistas dejan adivinar que bajo el *charchaf* obligatorio llevan trajes de la rue de la Paix, y ostentan con orgullo la parte inferior de sus faldas estrechas. Pero enseñar los ojos, que son las joyas más preciadas de la belleza oriental, eso jamás. Como fantasmas, todas pasan, ondulantes y ligeras, bajo sus velos impenetrables. Si sonríen, no lo sabemos. Si lloran, lo ignoramos. Si son hermosas, si son feas, si son jóvenes, si son marchitas, es un misterio. Sus diminutos pies, calzados de raso, es lo único que recrea nuestra vista, ávida de secretos encantos femeninos. Y ¡ay del que se empeña en escudriñar lo que vive tras los cendales negros! Una ojeada indiscreta puede costar un disgusto. Todos los turcos, en este punto, están coaligados para defender el enigma de la mujer musulmana.

—Si queréis ver *perras* cristianas con la cara impúdicamente descubierta—dicen—, ahí tenéis el barrio de Petits-Champs y la gran calle de Pera.

* * *

¡El barrio de Petits-Champs!... De todas las injurias que Europa ha hecho a Constantinopla en los últimos cincuenta años, ninguna debiera ser tan dolorosa para el corazón de los turcos como

esta invasión del más detestable occidentalismo. Dominando el antiguo cementerio, un jardín parisiense ha surgido, con todo lo que el parisienismo tiene de odioso cuando es transplantado. Un café concierto ocupa una parte del jardín. Y luego, entre palacios vulgares y hoteles más vulgares aún, coronando toda la bella colina, otros cafés conciertos aparecen con sus rótulos dorados, con sus carteles de mil colores anunciando *gomosas* y *excéntricos,* entre retratos inmensos de bailadoras de tango y de matchichas. ¡Ah! ¡El pobre barrio antaño habitado por los piratas genoveses! ¡Ah! ¡El miserable Pera conquistado por la civilización, corrompido por los bancos, deshonrado por las agencias de vapores, humillado por las capillas protestantes, *banalizado* por los grandes almacenes!... ¡Contemplándolo desde el barco, yo evocaba la noche aquella, magnífica y siniestra, en que los españoles de Roger de Flor, atacados en las inmediaciones del palacio de Blancherues por los mercaderes italianos, vinieron hasta aquí persiguiendo a sus enemigos, y de tal modo se condujeron, y con tanta furia acuchillaron lo que se les puso por delante, que dejaron acreditado para siempre, en la cruel Bizancio, su renombre de fiereza...

Pero ahora que me encuentro en sus calles, deshonradas por el comercio europeo y por la prostitución europea, noto que nada de grande, nada de épico, le queda. Lo "parisiense" ha matado en él lo que antes tenía de exótico y hasta la

misma luz de Oriente parece haber huído a su contacto. En una terraza de café, entre ingleses de agencia Cook y franceses de agencia Bourgeois, siento la nostalgia de las encrucijadas de Stambul al contemplar el movimiento de la Grande Rue...

* * *

¿Queréis ver la gran calle de Pera una tarde gris, en que el sol no llega hasta el suelo; la gran calle de Pera, con su empedrado lodoso, con sus rieles obstruídos por las basuras, con sus alambres telegráficos que rayan de negro el espacio; la gran calle de Pera, que es la arteria de la vida europea, de la vida constitucional, de la vida cosmopolita?...

—¡Nuestro bulevar!—dicen con orgullo los otomanos.

Y eso es, en efecto... Es un bulevar en el que todo choca y nada sorprende. A mí, por lo menos, me choca el contraste de los grandes hoteles presuntuosos, con nombres enfáticos, con fachadas gigantescas, y de las miserables casitas de ventanas herméticas. Me choca la vecindad de inmensos cafés, muy dorados, muy parisienses, muy ruidosos, y de obscuras tabernas, en donde apenas caben unos cuantos bebedores de *mastic*. Me chocan las tiendecillas que han conservado las proporciones de los *comercios* de bazar oriental, pero que han renunciado a todo desorden pintoresco para adoptar escaparates europeos,

las tiendecillas de rótulos pomposos, los *Louvres* de diez metros cuadrados, los *Bon Marchés* de tamaño de una alcoba, los *Printemps* diminutos. Y me choca la gente también. Me chocan los biciclistas que pasan, exponiéndose a resbalar en las cortezas de naranjas; me chocan los conductores de los minúsculos tranvías, que apalean sin piedad a sus caballitos apocalípticos; me chocan los cocheros de punto, que duermen como sultanes en los pescantes de los simones. Y me chocan los vendedores ambulantes como seres de un cuento fantástico: esos vendedores de cosas misteriosas y brillantes, esos lánguidos vendedores que llevan a cuestas tinajas plateadas, tablas multicoloras, cestos colosales o sacos henchidos, y que pasan por las aceras lentamente, muy lentamente, recitando sus melopeyas, incomprensibles para mí...

Sí, me choca toda esta gente venida de cien partes; esta gente que habla todas las lenguas, esta gente que se atropella, que se roza, que se interpela; esta híbrida y heterogénea gente de la Constantinopla europea, que se viste como en Occidente, con grandes alardes de modernismo, pero con una sordidez enternecedora, con levitas muy cortas o muy largas, con *jaquettes* desteñidos, con americanas casi siempre estrechas; esta gente, que a veces lleva frac por la tarde, pero que no se quita el fez ni aun para cenar con señoras; esta gente, que forma una multitud sin carácter, compuesta de griegos, de judíos, de armenios, de

turcos, de franceses; esta gente recelosa y gesticuladora, que parece triste, incurablemente...

Sentado en la terraza de mi café, viendo el enorme río humano que pasa con su caudal desordenado entre los muros grises de las casas, experimento una sensación de espectáculo, de cinematógrafo ya visto, de panorama ya contemplado. Sí, sin duda... Pero ¿dónde? En Oriente y en Extremo Oriente no ha sido, de seguro... Más bien en América, en aquel Canadá a medio edificar, en cuyas ciudades se mezclan los palacios y las barracas en espacios inmensos... O más bien en la Luisiana, en Nueva Orleáns, a orillas del Atlántico, allá, en donde las calles son como ésta. donde la población está compuesta de gentes de todos colores, donde la sordidez y el lujo se confunden, donde todos los rótulos están escritos en francés, como aquí...

* * *

Para huir de esta vulgaridad levantina abandono mi terraza y me encamino, por entre las calles ruidosas, a la vieja Galata, en la cual los marineros cantan serenatas obscenas bajo los balcones de sus dulcineas.

El sol luce de nuevo, ya casi en su poniente, como para teñir de rojo la gran ciudad, que va a hundirse dentro de pocos instantes en la sombra. La torre que protege a este barrio atráeme como un mirador encantado.

¿Por qué no subir?... Para olvidar la vulgari-

dad de la Gran Rue, nada mejor que un instante de muda contemplación desde estos ventanales propicios. El buen guardián que me recibió hace años, está siempre aquí, con su *tarbouch* grasiento. Y como si me reconociera, me deja trepar solo por los peldaños usados. ¡Cuántos pasos trágicos han sonado a través de los siglos en esta penumbra! En cada rincón un rostro lívido parece hacerme gestos de desesperación. Pero de pronto, para borrar todas mis visiones crueles o *banales*, he aquí la terraza que domina a Stambul. ¡Oh, prodigio de panorama, que mil veces he visto y que mil veces me ha sorprendido cual una cosa sobrenatural! Bañada por la luz púrpura de la tarde, la ciudad antigua se extiende, entre las aguas rosadas del Cuerno de Oro y del Bósforo, en la gloria de su belleza milenaria. Todo luce, todo brilla, todo palpita. Sólo los cipreses negros, marcando los sitios de las necrópolis, permanecen quietos en sus actitudes de guardianes de tumbas. Aquí enfrente, mirándose en el amplio canal, Santa Sofía alza su cúpula blanca, custodiada por las cuatro agujas de sus alminares. Y luego, alineándose a derecha e izquierda del soberbio y venerable templo que ha visto pasar a tantos dioses por sus altares, yérguense, con sus agujas orgullosas y sus cúpulas sacramentales, los otros grandes santuarios de Alá. Ahí está la mezquita de Nuri Osmanié, santificada por las preces de los kalifas; ahí está la del sultán Hamed, santa entre las santas; ahí está la de Suleimanié, con

sus infinitos domos minúsculos alrededor del enorme domo sagrado; ahí están las demás, todas las demás mezquitas que hacen de esta ciudad un centro de perpetuas romerías coránicas. Luego, a la sombra de las flechas religiosas, las terrazas de los palacios extienden hasta el infinito sus líneas planas. Y tras los palacios, las casitas humildes se amontonan misteriosas y obscuras, casitas caprichosas que las llamas consumen a millares cada cinco, cada diez años, y que la piedad familiar reconstruye en el mismo sitio y con la misma arquitectura, desdeñando los ejemplos, muy higiénicos pero muy poco pintorescos, de las viviendas europeas de Pera.

* * *

¡Oh, el hacinamiento delicioso de Stambul! En la claridad tenue del crepúsculo, sus calles estrechas desaparecen, y no se ven sino sus techos de todos los colores, de todos los estilos, sus innumerables techos multiformes, sus techos de todas las épocas. Los de Santa Sofía, que el sol poniente tiñe ahora de púrpura, extiéndense sobre un espacio inmenso, como deseosos de conquistar el espacio inmenso comprendido entre los viejos baluartes bizantinos y los viejos barrios populares... Y para no dejarse humillar por la basílica de los emperadores griegos, las mezquitas de los califas se acercan las unas a las otras, unen sus alminares, mezclan sus domos y forman una intermina-

ble selva de piedra, de mármol... Ahí está Achmedié, coronada de esferas; y Mehmedié, con su aspecto guerrero; y Shahzadé, con sus leyendas veladas y perfumadas; y Bayazidié, hospitalaria a los que sueñan, o los que esperan, o los que sufren; y Suleimanié, tan florida, tan adornada, tan labrada, que parece un oratorio de sultanas... Y todas esas maravillas, que en el suelo están separadas moral y materialmente por la distancia y por el fanatismo, en el cielo se unen en una sublime asamblea de cúpulas, de terrazas, de agujas, dominando la ciudad que parece orar, prosternada a los pies de tanta grandeza... ¡Ah, la interminable Stambul!... En las ventanas de las casitas de madera palpitan luces rojizas. Todo arde en las llamas del poniente. Y la ilusión de la perpetua fiesta oriental, con sus extraños y secretos encantos de voluptuosidad para mí vedados, embarga de nuevo mi ánimo. Solo, en medio de tanta vida, me siento como un desterrado, y lloro de no poder penetrar en el arcano de la existencia oriental, de no poder vivir la vida de los que a estas horas regresan de sus paseos por el Cuerno de Oro y abren las puertas del haremlik perfumado, en cuya penumbra las mujeres sonríen sin *charchaf*. Y poco a poco, la ciudad entera me aparece como una gran dama velada, cuyos velos, ¡ay!, nunca podremos apartar los que venimos de fuera, los que tenemos otra alma, otra lengua, otro Dios...

JERUSALEN

Poco a poco, estas callejuelas que me producían al principio una angustiosa sensación de muerte con su penumbra, con su silencio y con su abandono, van animándose de una manera extraña. Ya no me siento como perdido en un cementerio. Ya, a mi derredor, una vida misteriosa se agita en la suave atmósfera mística, entre rumores de rezo y palpitaciones de campanas. Nada de oriental, nada de levantino, nada de ya visto, nada de ya soñado... Sólo en las inmediaciones de la Puerta de Jaffa, en las plazas llenas de tiendecillas de curiosidades y de cafés turcos olorosos a tabaco rubio, la animación cosmopolita de arrieros, de intérpretes y de turistas, ofrece un espectáculo pintoresco, muy parecido al de otras ciudades de Siria. Pero eso apenas ocupa un espacio sin importancia. Algo más lejos, donde las callejuelas se obscurecen a la sombra de altos paredones místicos, la verdadera Jerusalén comienza... Y entonces una sensación singular se apodera de nuestra alma: una sensación en la cual palpita algo de inefable y algo de siniestro a la par, una intensa y fantástica impresión de ensueño.

"¿Qué hay aquí?—nos preguntamos—. ¿Qué hay aquí de inquietante, de sublime, de raro?..."

Hay, naturalmente, los recuerdos, todos los recuerdos divinos, que van alzando su vuelo por encima de las torres y de las cúpulas, a medida que nos familiarizamos con los lugares venerables... Hay, además, la atmósfera melancólica que envuelve siempre las grandes ruinas... Hay el murmullo de las preces que llenan el espacio... Hay las luces que brillan en las tinieblas, dorando las imágenes santas. Hay, en fin, un aroma de incienso y de mirra que embriaga suavemente...

Mas, fuera de esto, es en vano preguntar a la ciudad santa los secretos de su vida actual. En cuanto uno se acerca a una ventana abierta, como por arte mágico todo se apaga en el interior, y los fantasmas mismos se desvanecen. Los seres que encontramos por las calles, seres que viven en las profundidades de los claustros y que pasan destacándose en los muros grises como aparecidos, se esfuman también apenas los vemos, y callan apenas los interrogamos.

¡Interrogar!... No hay que interrogar aquí. No hay que interrogar nada. Las calles mismas parecen huir de toda curiosidad. Yo me empeño, a veces, en examinarlas con atención, para darme cuenta del encanto que las anima. Ellas se esquivan entonces, y sin prisa, sin ruido, suben, grises y empinadas, haciendo giros tortuosos; suben, y se entrecruzan, y se deslizan por debajo de ve-

tustos techos, y se enredan en intrincadas madejas de pasillos, y se extienden por entre vastos patios negros; suben siempre, hasta que, de pronto, penetran devotamente en una iglesia o en un convento...

* * *

Contemplando un plano de la población intramuros, que es la única que puede interesarnos, no vemos, sin embargo, nada de especialmente intrincado en la topografía hierosolimitana. De la plaza de la Ciudadela al pie de la Torre de David, una vía relativamente amplia conduce al barrio de los armenios. Allá, en el fondo, se ven, embelleciendo y perfumando un vasto campo claro, los jardines del monasterio de Santiago con sus altos cipreses negros y sus bellas terrazas floridas, que son un oasis entre las piedras que las rodean. Las casitas de los armenios extiéndense hasta la Puerta del Valle. Más lejos, siguiendo la línea interior de los baluartes, se encuentra lo que aquí llaman el Cementerio Español, que no es, en realidad, sino el camposanto sefardita. Una calle bastante recta pasa entre las habitaciones de los judíos y vuelve hasta el centro de la población. De ahí, por el Karik-Bab-es-Silselé, se va al recinto del Templo de Herodes, que comprende un inmenso espacio, desde el cual se domina la desolada campiña de Jerusalén, sólo sembrada de tumbas. Volviendo luego por la calle de Amond, se llega a la Puerta de Damasco, donde

comienza el barrio griego, con sus conventos magníficos y sus iglesias suntuosas. De la Puerta de Damasco al Santo Sepulcro se va por una calle derecha, la Tarik Bab el Amoud. Pero todo esto, que en el plano es muy claro, en la realidad se complica terriblemente.

* * *

Solo, sin rumbo, sin objeto determinado, me paseo desde hace una semana, y de día en día comprendo menos el enigma de la topografía. Cada vez, en cambio, siento mejor la belleza de la ciudad en su conjunto. ¡Hay tanto misterio en este abandono y tanta melancolía en este misterio!...

Para el que quiere contentarse con sentir en conjunto el encanto místico de Jerusalén, estas calles carecen de enigma. Dividida en tres o cuatro barrios, la ciudad es, a la vez, cristiana, judía y mahometana, todo fanáticamente. Los judíos custodian la única reliquia de su templo, gimiendo ante el Muro de las Lamentaciones. Los cristianos oran sobre la tumba de Jesús. Los musulmanes guardan, bajo la cúpula de la Mezquita de Omar, una roca santa. Y esta triple adoración perpetua, en la cual las almas enemigas comulgan fraternalmente, sin darse cuenta de ello, en un mismo rito de amor ideal, llena el recinto sagrado de gravedad. Y con esto y con los santos fantasmas que pasan por entre las tinieblas, hay

bastante para llenar de embeleso el alma del peregrino apasionado que no interroga de un modo muy preciso y muy docto.

* * *

¿Interrogar?... ¿Asomarnos ansiosos al borde de los arcanos?... ¿Tratar de descubrir el alma del pasado entre las incertidumbres del presente?... ¿Preguntar su edad a cada piedra?... Uno de los últimos romeros que quisieron hacerlo, el irritable y docto Peladán, no consiguió sino amargar sus días hierosolimitanos.

Por mi parte, después de algunos experimentos desilusionantes, prefiero seguir mis paseos como un espectador ingenuo. Cuando encuentro una fecha grabada en una estela, creo en ella. Cuando un monje me dice un nombre sagrado, me inclino sin discutir. Cuando una mano piadosa me indica un camino venerable, lo sigo de buena fe. "*Que nous fallait avoir foy des lieux saints qu'on nous montrerait, ou si ne vollusme estre tels, ne prissisme point de palme*", decía hace muchos siglos un peregrino ilustre, que era, al mismo tiempo, un gran sabio. ¿Por qué, pues, no hacer como él? ¿Por qué comprometer nuestra parte de paraíso ilusorio en una vana embriaguez de análisis?

Resignándome a no ser sino un curioso, gozo de goces inefables. ¡Ignorancia de un Pierre Loti, cuán más feliz eres que la sabiduría de un

Peladán! Pero la ignorancia no basta. Hay que tener también la sencillez de espíritu que Jesús ensalzó desde la montaña. Hay que creer sin restricciones, hay que admirar sin temores, hay que amar sin rubores...

* * *

Yo amo fervorosamente a esta ciudad santa en su profunda melancolía. La amo a pesar de sus engaños laboriosos. La amo, como se la debe amar, en el sopor de meditaciones exaltadas y vagas. En vez de preguntar, cual los arqueólogos, a su suelo: "Di, ¿qué hay entre tus capas severas?", repito la frase mística: "*Dic nobis María...*" Al fin y al cabo, si la fe nos miente, la ciencia también nos miente. ¡Y hay tanta diferencia entre uno y otro embuste! Desde que no me posee el demonio de las interrogaciones se me figura que las calles mismas me son propicias. Ya no huyen... Ya no suben sin razón hacia lugares inaccesibles... Ya no se pierden entre patios conventuales cuyo acceso me está vedado. Sin prisa, religiosamente, beatamente, van hacia la cima de las colinas, y yo las sigo, sin prisa. Convencido de que no es fácil para un forastero conocer sus misterios, me contento con soportar sus caprichos. Cuando me llevan adonde no quiero ir, cuando me abandonan en el fondo de un callejón sin salida, cuando me conducen hasta las murallas, me vuelvo atrás y contemplo de

nuevo lo ya visto, repitiéndome que me encuentro en la ciudad de David, de Herodes y de Jesús, en la Jerusalén siempre santa.

* * *

"Jerusalén—dice Renán hablando de las primeras tentativas de Cristo—era entonces, poco más o menos, lo que es hoy." Y esta frase, truncada, me persigue como una dulce obsesión en mis paseos actuales. ¿Hay realmente aquí, donde me encuentro, en estas calles por las cuales voy errando, a la sombra de estas torres y de estos domos, algo que pudiera hacer decir a Jesús, si Jesús volviera a hacerse hombre: "He aquí un sitio que me es familiar." De los monumentos antiguos ya sabemos que no quedan sino las bases, bajo enormes capas de escombros. Pero no son, precisamente, los monumentos los que constituyen la fisonomía de una ciudad, sino las calles, las pobres calles, con sus pobres casas, con su pobre vida cotidiana. La piedra tiene menos carácter, en Oriente, que la tierra. También tiene menos duración. En Damasco, donde apenas quedan vestigios de los templos edificados por Constantino y por Justiniano, aun existe, intacta, inmóvil, la larga calle por la cual pasó San Pablo después de sus visiones. ¿Por qué en Jerusalén no ha de pasar lo propio? ¿Por qué estos laberintos de estrechas vías obscuras no han de ser los mismos en que Jesús, recién llegado de su

alegre Galilea, sentía la gran tristeza de Judea?... Los orientales, en general, y los judíos, en particular, han tenido siempre, a través de los siglos, un extraordinario apego a sus cosas. Sus ritos, sus costumbres, sus trajes, sus manías, todo permanece, entre ellos, inmutable, a pesar de las evoluciones y de las revoluciones. Los sabios complácense en ver en los modernos campamentos beduínos las tiendas negras de Abrahám. En las villas, como en las aldeas, las multitudes actuales, con sus túnicas flotantes y sus tocados singulares, nos transportan a dos mil años de distancia, apenas las contemplamos. En los lugares donde los habitantes no han desaparecido, la arquitectura sigue siendo la misma que en los tiempos más remotos. Tiberíades es la imagen de una población tal cual las describe Flavio Josefo. Otras aldeas, que se esconden entre los nopales, parecen momificadas desde que los profetas pusieron las plantas en su suelo. ¿Por qué Jerusalén, que es la más amada de todas las ciudades, Jerusalén la santa, Jerusalén la única, no ha de conservar también su antiguo aspecto?... Los propios bazares, que algunos creen una innovación árabe, contribuyen a conservar el carácter de la vida hierosolimitana. Los Padres Blancos han descubierto, en sus recientes excavaciones, muchos de los objetos que se vendían antaño en las tiendecillas de los zocos hebreos, y que son muy parecidos a los que ahora mismo vemos a cada paso. "Uno de los rasgos característicos de los

"bazares—dice uno de los arqueólogos que han "tratado de reconstituír la vida antigua—son las "calles enteras consagradas a los trabajos del "templo; los centenares de obreros que bordan "los velos, los que preparan los perfumes de in- "cienso, los que labran piedras y mármoles." Ahora bien: ¿no se siente una impresión análoga en las inmediaciones de la Puerta de Jaffa, entre las barracas llenas de objetos místicos, destinados ya no al templo único de Jehová, sino a muchos templos de su hijo?... Los obreros que hoy viven de bordar velos y de preparar incienso, son también cientos de cientos. Pero aun prescindiendo de estos detalles, demasiado peligrosos y demasiado pueriles, siempre tenemos elementos para alimentar nuestras ilusiones.

* * *

La situación de la ciudad, erguida desde hace seis mil años en su alta roca rodeada de precipicios, es una garantía de que su planta no puede haber cambiado. En donde hoy se elevan las murallas medievales, alzáronse antaño los baluartes salomónicos. Los sabios no notan una desviación de la cintura de torres, sino por el Norte, en donde la población se ha ensanchado, apoderándose de la antigua colina del Gólgota, en otro tiempo situada extramuros. Por el Sur y por el Este, la línea continúa siempre igual. Bajo los sillares actuales se ven aún, hacia la Puerta del

Valle, hacia la Piscina de Siloé y hacia la Puerta Dorada, los enormes bloques que desafiaron el empuje de las catapultas romanas. Dentro de esta cintura, el emperador Adriano, que fué el primer peregrino augusto después de la destrucción del templo, encontró un campo de ruinas monumentales, entre las que sólo subsistían incólumes las casitas de los más modestos habitantes. Todo lo que representaba el orgullo del pueblo judío, los gentiles lo habían arruinado. Las torres, los palacios y las sinagogas, habían sido presa de las llamas. El terrible Jehová no había querido aceptar que, una vez su santuario incendiado, los demás edificios de su ciudad elegida continuaran en pie. Pero Jerusalén, para los judíos, no era únicamente la ciudad sagrada del Templo, del Arca, del Santo de Santos. Era, además, la ciudad familiar de las tradiciones, de los recuerdos poéticos y de las esperanzas patrióticas. Las casas del monte Sión, a fines del primer siglo de nuestra Era, estaban habitadas por los heroicos hijos de los defensores del Templo, que preparaban en la sombra, llenos de fiereza y de actividad, la tentativa de restauración que debía provocar el levantamiento de Bar-Coziba en 133 y que, durante tres años, hizo creer al mundo que el reino de Israel iba, al fin, a renacer fuerte y terrible de sus cenizas. Una vez esta última quimera desvanecida, los judíos fueron expulsados; mas dispuestos no a desaparecer, sino a esperar en silencio, a esperar siglos y siglos, volvieron,

poco a poco, uno por uno, cautelosamente, humildemente, sórdidamente, a la villa santa a compartir con sus hermanos enemigos, los discípulos de Cristo, los escombros. En la cima del monte Moriá un destacamento romano velaba para que nadie se atreviera a levantar los muros de los palacios y de los templos. Los baluartes mismos debían continuar desmantelados. Los emperadores, que deseaban imponer a la ciudad de David el carácter uniforme de todas las poblaciones conquistadas por sus legionarios, fomentaban la colonización gentílica. En los censos romanos, la antigua Jerusalén figuraba con el nombre de Aelia. Pero, realmente, ningún elemento nuevo penetraba en ella. Los judíos ortodoxos y los judíos cristianos, con su amor de las cosas tradicionales, repartiéronse en breve el dominio real de la tierra. Unos cuantos inmigrados griegos formaban la fachada nueva. El fondo era siempre el mismo: un fondo de fanatismo nacionalista y religioso. Cada una de las dos sectas se creía con derecho a esperar en el porvenir. Los unos lloraban, escondiéndose de los centuriones, al pie del Señor. Poco a poco, las casas abandonadas comenzaron a ser restauradas. Las calles principales recobraron una humilde animación. Nadie pensó en cambiar la topografía general. Y así, cuando Santa Elena quiso, con sus manos piadosas, desenterrar las reliquias del Salvador, no tuvo necesidad sino de remover los escombros amontonados por cuatro siglos de abandono. "He aquí

—dijo la beata reina—, he aquí el lugar del combate. ¿Dónde está el monumento de la victoria?" Y luego, tomando una determinación enérgica, exclamó: "Descubramos esta ruina, para que sea visible a todo el mundo." Más tarde, mucho más tarde, cuando los cruzados conquistaron el Sepulcro, Tancredo, animado de un santo delirio, creyó ver la ciudad tal cual Nuestro Señor la había visto, pero entristecida por su duelo eterno. "El aspecto de sus campos estériles y de sus montes quemados—dice Michaud—, presentaba a los guerreros una imagen de luto." Esta imagen, que se ha perpetuado a través de los siglos, es la que hoy nos emociona en cuanto penetramos en el laberinto de sus calles. Todo es triste entre sus muros. Los jardines mismos, tan raros, casi no están poblados sino de árboles consagrados al amor y al dolor, mirtos y cipreses, cipreses y mirtos...

* * *

Cuando nos asomamos al inmenso balcón que forma, en el antiguo recinto del Templo de Herodes, la terraza del Haram-ech-Cherif, lo primero que aparece ante nuestra vista, en el flanco seco de la montaña, es el camposanto bíblico con las tumbas de Absalón, de Zacarías y de Josafat. Algo más lejos, al pie de las murallas antiguas, junto a la Puerta de Sión, los guías nos enseñan la tumba de David. En las inmediaciones de la Puerta de Damasco, en medio del valle del Ce-

drón, donde hoy se hacen enterrar los judíos ricos, encuéntrase la tumba de Jeremías, que es una gruta helada y negra. Muy cerca de ahí, al lado del convento de San Esteban, en un sitio admirable, las dos tumbas más suntuosas de la Palestina, la de los Reyes y la de los Jueces, abren sus fauces gigantescas; del otro lado de la ciudad, entre los vergeles plantados por los griegos, existe aún la tumba del magnífico rey Herodes. En la falda del monte de los Olivos, cerca del Jardín de Ghetsemaní, los frailes ortodoxos oran día y noche ante la tumba de la Virgen María. En una de las calles más céntricas, en el camino del Calvario, entre los Bazares y la mezquita de Omar, las mujeres veneran la tumba de Santa Verónica. En el valle de Josafat, junto a Absalón y Zacarías, descansa en su tumba Santiago el Menor. En una sacristía griega, en fin, los peregrinos franceses se arrodillan ante las tumbas profanadas de los dos santos guerreros Godofredo y Balduino...

Pero estos sepulcros sagrados, que en otro sitio bastarían para formar la más extraordinaria necrópolis del mundo, no sirven aquí sino para rodear otro sepulcro sublime, el del Hijo del Hombre, el Santo Sepulcro de la Santa Jerusalén.

Todo, en realidad, gira, para los cristianos, dentro del recinto hierosolimitano, alrededor del Sepulcro. Lo que yo tomaba al principio pòr un hálito mortuorio, es un aliento sepulcral. La población vive, la población se mueve, la población palpita. Pero sólo en torno de una cripta fúnebre.

Aun los que no son cristianos sienten pesar sobre sus almas la sombra de la Tumba. El Templo de Jesús ha reemplazado al Templo de Salomón. Y así como hace dos mil años todo se agitaba al pie de Sión, hoy todo se agita al pie del Gólgota. Los franciscanos y los ortodoxos, los armenios y los jacobistas, reemplazan ventajosamente a los saduceos y a los fariseos. "El fanatismo—dice Renán, hablando de la Jerusalén anterior al Cristo—era extremado, y los conflictos religiosos, frecuentísimos." Estas mismas palabras podrían aplicarse a la Jerusalén actual. Los frailes de todos los países del mundo se odian furiosamente entre sí, para probar su devoción al que murió por amor de sus semejantes. El más ligero pretexto provoca conflictos sangrientos. Por un detalle de precedencia, las manos se crispan. Cualquier nimiedad ritual envenena, durante meses enteros, las disputas de sacristía. Pero, por fortuna, el silencio de la ciudad es tan grande, tan absoluto, tan sublime, que las querellas frailunas apenas logran turbarlo.

* * *

De vez en cuando, un rayo de vida anima estas calles. Entre dos casas sórdidas, en una tiendecilla baja, aparecen, colgados ante la puerta, alguna sarta de rosarios de ámbar, algunas cruces de palo santo, algunas conchas grabadas. Ante esos trofeos, los peregrinos se amontonan

para regatear. Los frailes que los acompañan forman grupos parleros en las esquinas. Otras veces, en una esquina, una imagen se destaca en un nicho lleno de flores y de luces. O bien, en una plazoleta, entre altas tapias pardas y mudas, una fuente de azulejos deja oír la alegre canción de su surtidor, invitando a refrescarse a los beduínos de las caravanas. Pero éstos no son sino relámpagos en la perpetua penumbra, en la perpetua soledad, en el perpetuo abandono.

* * *

En la colina de Sión especialmente, en la gran colina mortuoria que guarda enterradas en sus entrañas cien generaciones de profetas, la tristeza reina, invariable, sin que ni ruido de tiendas, ni lámparas de capillas, ni disputas de conventos la turben. Sólo durante una semana cada año, en el momento de la feria, los camellos que traen de comarcas remotas los productos que más consume la ciudad, la mirra, el incienso, la cera virgen, las sedas recamadas de oro, desfilan por estas callejuelas, llenando el espacio con el ruido de sus cascabeles y de sus collares. Luego, la paz desciende de nuevo, para que, a su abrigo, los fantasmas sublimes puedan pasearse tranquilamente. Según todos los sabios, aquí se alzaron los palacios de David, de Salomón, de los Macabeos y de Herodes. "En muchas ocasiones—dice Saulcy—he demostrado que en este país nada cambia; que

donde existió un palacio, otros palacios han ido construyéndose sobre sus ruinas."

Hoy, ya ni ruinas existen.

"Aquí fué", murmuran los que nos acompañan.

Si preguntamos en qué sitio preciso, nadie puede, a punto fijo, señalarnos una piedra.

Cuando empezamos nuestras peregrinaciones por las alturas de Sión, la mente se exalta pensando que vamos a ver, por lo menos, un muro de aquellos que oyeron los salmos del rey profeta y los cánticos del rey poeta.

Mas, ¡ay!, las manos doctas no hacen sino ademanes vagos, que abrazan todo el espacio. Aquí... aquí... Lo que algunos llaman "restos", no son, en realidad, tales restos. No son sino lugares vacíos, en los cuales arqueólogos apenas descubren indicios de monumentos señalados por Flavio Josefo o por las tradiciones locales. Los únicos que ven algo positivo son los que desdeñan las realidades vulgares y saben evocar grandezas remotas.

"Aquí estaba el palacio de Salomón", aseguran los guías.

¡El palacio de Salomón!... En el acto, la fantasía ve elevarse el alcázar milenario, con todo su lujo y toda su grandeza.

"Tenía cincuenta codos de largo y treinta de ancho y treinta también de alto", dice el "Libro de los Reyes". Sus columnas eran de cedro del Líbano, lo mismo que las del Templo. El rey Hirán había mandado barcos cargados de soberbios troncos. También había mandado arquitectos que co-

nocían los secretos artísticos de Tiro y de Sidón, y cuyas concepciones parecían fantásticas a los hierosolimitanos. Porque si los hijos de Israel conocían el lujo, en cambio ignoraban el arte. Guerreros y fanáticos, conquistaban las ciudades para destruirlas en nombre de Jehová. Sus altares cabían en un arca, que los soldados llevaban entre sus máquinas de guerra. Sus viviendas eran tiendas de lana o chozas de lodo. La Ley Mosaica les prohibía reproducir en esculturas o en pinturas las formas vivas. Resultaba, pues, necesario que los obreros fueran extranjeros para realizar el sueño suntuoso del hijo de David. "La belleza de las piedras en el interior del palacio—dice Josefo—era resplandeciente. Algunas de ellas estaban ornadas de las más admirables labores de escultura, representando árboles y plantas de toda clase, con ramas y hojas cinceladas de tan artística manera, que parecían agitarse disimulando la piedra que cubrían. Todo el resto, hasta el techo, estaba ornado de pinturas multicoloras." En cuanto a la grandeza y la variedad de los regios aposentos, Josefo, temeroso de profanarlas, se niega a describirlas. "Es imposible — dice — describir aquello como describir los boscajes que encantaban la vista y protegían los cuerpos contra los ardores del sol." En las estancias del aparato, todo era de oro, de marfil, de piedras preciosas. Y todo relucía como un cielo constelado de estrellas. En el mundo entero, la fama de tanto lujo, de tanto esplendor, de tanto arte, hacía palidecer

de envidia a los príncipes. "Oyendo la reina de Saba la fama de Salomón—dice la Biblia—, vino a verlo. Y vino con muy grande comitiva, con camellos cargados de especias, con oro en grande abundancia, con pedrerías sin cuento. Y propuso a Salomón lo que en su corazón tenía. Y Salomón le contestó a todas sus palabras, sin que ninguna cosa se le ocultase. Y cuando la reina de Saba comprendió la sabiduría del rey, y cuando vió el palacio que había edificado, y su mesa servida, y sus servidores, y el lujo de sus servidores, y sus holocaustos en la casa de Jehová, quedóse enajenada. Y dijo a Salomón: "Verdad es lo que "dicen en la tierra de tus cosas." Junto a la reina de Saba vemos a las favoritas del rey: a la Sulamita, morena como las tiendas del Kedar; a la hija del Faraón, cuyos ojos inquietaban a los sacerdotes; a las hijas de la diosa Astarot, venidas de Sidón, y a las hijas del dios Milcom, venidas del país de los amonitas... Y todas estas visiones, que tal vez no cabrían en un palacio en ruinas, en la soledad de la colina desolada se pasean a sus anchas.

"¡Fué aquí!—nos decimos—: ¡Fué aquí!..."

Esto basta para que nuestros ensueños alcen el vuelo en la penumbra de la ciudad callada. ¡Fué aquí!...

* * *

Sin sentirlo llegamos a la Puerta de Sión, donde un cuadro horrible me despierta de mi dulce em-

belso. ¿Estoy aún en Jerusalén, o he vuelto a Nablusa?... A estos seres monstruosos que me rodean, ya los he visto en otra parte; estas bocas sin labios, que me hacen muecas, ya me han obligado a temblar en otro sitio; estos ojos vacíos que me buscan, ya me han horrorizado lejos de aquí... Pero no sé si fué en la realidad o en una pesadilla.

¡Es tan espantoso el espectáculo!... ¡Son tan horribles esas faces infladas, amoratadas, torcidas, carcomidas!...

"Estamos en la Puerta de los Leprosos", me dice mi guía.

* * *

Como por claustros de antiquísimos monasterios vuelvo hacia las calles que rodean el Santo Sepulcro. Los franciscanos pasan con la cabeza descubierta, como si estuvieran en su refectorio, murmurando vagas oraciones. Junto a los franciscanos caminan los griegos de luengas cabelleras y de hábitos de luto. Los armenios, de barbas fluviales, van detrás, melancólicos, hieráticos, lentos.

Y todas estas siluetas, lejos de turbar la paz hierosolimitana, la completan pintorescamente. Porque esos hombres sombríos, que dentro de sus conventos llevan una existencia de perpetua ira, saben ponerse, cuando salen, una admirable máscara de gravedad y melancolía. Viéndolos des-

lizarse por la sombra, a la hora en que el cielo se comienza a obscurecer, diríase verdaderamente que celebran un oficio mortuorio.

* * *

Por mi parte, yo prefiero la ciudad cuando las iglesias y los conventos han cerrado sus puertas, cuando los frailes se han recogido, cuando las luces de los bazares se han apagado. Entonces, una angustia divina flota en el ambiente. Por las calles no se ve un alma. Las casas, de las cuales no se escapa ni un murmullo, ni un rayo de luz, parecen abandonadas para siempre. Los raros candiles que cuelgan de viejas rejas no están encendidos para servir de faros a los que puedan pasar, sino para iluminar alguna reliquia. Las torres de las iglesias se destacan fantásticas y gigantescas, en un espacio mudo.

¡Cómo me explico la aventura de aquel cónsul, inglés, de quien nos habla Vogüé en uno de sus libros! Recién llegado a Jerusalén, el buen extranjero quiso, un día fausto para su nación, dar una fiesta en los salones de su residencia oficial. Sus correos recorrieron la población, depositando en cada casa notable una carta de convite. Cuando llegó la fecha de la fiesta, el cónsul se encontró más solo que nunca. De las cien personas invitadas, ni una sola había acudido. Y es que la palabra "fiesta" choca aquí como una monstruosidad. ¿Dar una fiesta donde los cristianos no ven sino

un sepulcro?... ¿Dar una fiesta donde los judíos no tienen sino un muro ante el cual lloran?... Las únicas fiestas comprensibles y explicables en tan ardiente atmósfera de duelo, son las orgías místicas que se celebran en el interior de la iglesia del Sepulcro, y durante las cuales los peregrinos se rompen las frentes contra las santas piedras o se queman el pecho con las llamas de los cirios sagrados.

ATENAS

Cuando abro mis ventanas por la mañana, lo primero que aparece ante mi vista es la colina sagrada. Allá, muy lejos, por encima de la columnata dispersa del templo de Júpiter Olímpico, por encima de los muros enormes del Odeón de Herodes Atico, por encima de las casitas nuevas y de los cipreses jóvenes, la ruina milenaria surge en la gloria del sol que nace. El mármol se anima, acariciado por la luz matinal. En el ambiente claro flota como un áureo polvillo que dora todo lo que toca.

Hay algo de apoteosis que se renueva todos los días en esta alba ateniense.

Pero yo prefiero la oración de la tarde, el ave Palas del crepúsculo, la melancolía del recogimiento vespertino. Entre las últimas llamaradas del poniente, el templo de la diosa se destaca, augusto y desventrado, cual si el incendio que consumió hace siglos su flanco santo volviera a encenderse un instante. Como yo vivo en las riberas secas del Ilisos, entre el Stade blanco y la flamante Academia, no veo desde mi balconcillo ni los Propileos, ni el templo de la Victoria, ni el santuario de Erecteo. Sólo veo el Partenón, sólo veo la santa casa de Atenas. A la claridad agoni-

zante aun distingo su columnata incompleta. Y luego, cuando la sombra invade todo el espacio, cuando las simas del Himeto se tornan tenebrosas, cuando en el cielo empiezan a parpadear las primeras estrellas, aun veo, cerrando los ojos, el edificio santo. Mas entonces ya no me aparece tal cual lo han dejado los siglos, sino tal cual lo vieron los contemporáneos de Fidias y de Aspasia; es decir, completo. ¡Oh, la belleza de estas soñaciones nocturnas, durante las cuales el pasado augusto se convierte en realidad presente! Evocando una estampa hecha según los planos de Marcel Lambert, contemplo el Acrópolis en su animación juvenil de hace dos mil quinientos años, con las seis inmensas columnas de los Propileos, con la capilla armoniosa de la Victoria sin alas, con el Erecteion, con el Partenón... Y más arriba veo a Palas, que, apoyándose en su lanza, domina la ciudadela, mientras el desfile infinito de los siglos va diciendo: "¡Bendita seas, diosa de los ojos claros; bendita seas en tu eterno poderío y en tu divinidad eterna!..."

* * *

Los biógrafos de Renán que han leído los apuntes de Gebhardt, se espantan de ver que la *Prière sur l'Acropole* no haya sido un canto espontáneo, algo como un grito sublime arrancado al corazón del gran artista por la presencia súbita de la diosa de los ojos glaucos. "Hasta hoy habíamos creído—dice Spiridón Pappas—que el filósofo

francés, al poner el pie en la colina de Atenas, debía haber sentido un vértigo igual al de San Pablo en el camino de Damasco, y que de ese vértigo había nacido la admirable *Prière*, que es el himno, la letanía, la glorificación de la Razón, de la Virtud y de la Belleza; es decir, del genio griego. Pues bien, no hay tal cosa." En efecto, no hay tal cosa. Cuando Renán, en la primavera del año 1865, visitó la antigua ciudadela de Palas, acompañado por el autor de *Conteurs florentins*, no sintió en su alma ni choques inesperados, ni revelaciones repentinas, ni efervescencias milagrosas. Nada de lo que sus ojos veían era nuevo para él. "La visita — dice Gebhardt — duró dos horas. Renán conocía de antemano todos los misterios arqueológicos de la incomparable ruina que, ante su vista, era cual un libro abierto en el cual leía en voz alta sin equivocarse nunca. En ningún instante tuvo la emoción que demuestra en su *Pièrre*. Admiraba y explicaba cual lo hubiera hecho en una sesión de la Academia. Pero no hacía oír ni *Magnificat* ni *Gloria in excelsis* en honor de Minerva." ¿Hay en esta anécdota algo de verdaderamente extraño? Los admiradores de Renán dicen: sí. Pero yo de mí sé asegurar que, aun sin leer las notas íntimas de Gebhardt, estaba ya enterado de la verdad, pues sé que si existe un santuario en el mundo que no impresiona con la brusca exaltación, es el Acrópolis.

* * *

Aun las almas románticas, en efecto, sienten al encontrarse en presencia de la diosa ateniense una infinita inquietud y un infinito malestar. "¿Es esto?", parecen preguntar. "¿Es esto nada más?" Y no pudiendo encontrar el grito magnífico, el grito ingenuo que sale del pecho en los momentos de éxtasis o de sorpresa, no pudiendo experimentar el sublime temblor del contacto divino, se recogen silenciosos para meditar largamente. He aquí a Chateaubriand, que visitó la Grecia entera como lo hacían los viajeros de antaño, deteniéndose en cada aldea, visitando cada ruina. En los campos desolados de Esparta, contemplando el suelo desierto de la antigua patria de Licurgo, una emoción profunda invade su alma, y con lágrimas en los ojos y en la voz, exclama: "¡Leonidas, Leonidas!" *J'etois hors de moi*, escribe. Luego, en Argos, en Corinto, algunas exclamaciones se escapan de su garganta.

Pero llega a Atenas, visita el santuario de la diosa, toca con sus manos las columnas partenopeas, y calla. Luego, tranquilo, escribe en su *Itinerario*: "El día 24, a las cuatro y media de la mañana, subimos a la ciudadela... El templo de Minerva es, o, más bien, era, un paralelógramo alargado con un peristilo, un pronaos, un pórtico." Y la descripción continúa así, precisa, sosegada, sin exaltaciones, sin entusiasmo, sin lirismo. Tras Chateaubriand llega otro poeta más impresionable, más tierno, más sincero. Se llama Alfonso de Lamartine. Lo primero que pide a los

amigos que lo reciben es ser llevado al Acrópolis, al Partenón. Como es tarde para subir al Acrópolis, los atenienses le conducen al templo de Teseo uno de los más bellos de la antigüedad, y el único completo de Grecia. "Al acercarme —dice Lamartine—, convencido por las lecturas de la belleza del monumento, yo estaba admirado de sentirme frío y estéril. Mi corazón trataba de conmoverse y mis ojos de admirar; pero imposible." Sólo más adelante, cuando su alma se aclimata, la belleza helénica lo arrebata, obligándolo a arrodillarse ante los templos de la diosa. Mucho tiempo después de Lamartine, llega Gautier, el peregrino de todos los santuarios, el creyente de todas las religiones, el cantor de todas las bellezas. Sin quitarse siquiera el polvo del camino, corre hacia el Acrópolis por un sendero que pasa bajo el templo de la Victoria sin alas y que conduce al pie de los Propileos. Un entusiasmo hecho de recuerdos y de evocaciones anima su alma al encontrarse en un lugar en donde los vestigios de la ciudad antigua son perceptibles, y exclama: "Tal vez al marchar por entre estos escombros tenga puestos los pies sobre el palacio de Alcibiades y sobre la casita de Sócrates." Luego se detiene ante el teatro de Dionisos para tratar de oír las voces formidables de Esquilo y las risas enormes de Aristófanes. Al fin penetra en el campo, vagando por la gran escalera de mármol. Y cuando esperamos oír un canto de ardiente loor, lo único que llega a nuestros oídos

es un docto discurso arqueológico, en el cual hay hasta un resumen magnífico de los trabajos del sabio Beulé, pero que realmente carece de amor religioso y de locura ditirámbica. "El Partenón actual—dice con frialdad de profesor—no es el Partenón primitivo, que fué destruído durante la invasión de los persas, y cuyas ruinas yacen sepultadas bajo las construcciones de fecha más reciente. Ictinio y Calícrates elevaron durante el reinado de Pericles..., etc." Ahora, si de la época del romanticismo saltamos hasta nuestros días, nos encontramos con un ejemplo igual cada vez que se trata de un artista sincero, de un poeta incapaz de mentirse a sí mismo. Para no ser prolijo, sólo citaré a Maurice Barrés. ¡Con cuánta sinceridad el gran escritor confiesa la desilusión que experimentó todo su sér sensitivo al hallarse por primera vez en la colina sagrada! "¿Qué he encontrado—se pregunta—en medio de este horizonte sublime y en esta famosa roca? Algo de duro y de singular, una áspera perfección bajo la cual creo oír un gemido." Y más tarde, analizando su estado de alma hostil, escribe: "Explorando estos vestigios, no paso por sentimientos caros y familiares. El Partenón nos obliga a buscarlo en un pasado que nos desorienta. Entre él y nosotros hay diez y nueve siglos de cristianismo. Aun reconociendo la interpretación helénica de la vida como muy elevada, no tiene en mi alma resonancia."

* * *

Entre el Acrópolis y nosotros, en efecto, hay muchos siglos y muchas ideas. El gran silencio de la ciudadela de Palas nos desconcierta. Lo que sólo fué una idea, lo que sólo fué un ideal, no ha dejado una huella bastante honda para que nuestra vista la distinga desde luego. En otros sitios vemos la traza de los guerreros y sentimos el olor de la sangre. Maratón y Salamina nos emocionan. El Pnix mismo, en donde creemos oír un murmullo de elocuentes oraciones, nos interesa. Pero la roca del santuario sólo nos inquieta, obligándonos a recogernos para interrogarnos mentalmente y para examinar los motivos de nuestra desilusión momentánea. Porque, aunque no siempre queramos confesárnoslo nosotros mismos, la desilusión existe, la desilusión es una realidad dolorosa. Y no hay que atribuírla a razones arquitectónicas. Aunque el Partenón no hubiera sido bombardeado por los venecianos y pillado por los ingleses; aunque al templo de la Victoria sin alas no le faltara una sola piedra; aunque el Erecteion estuviera completo, y aunque no se hubiera desplomado una sola columna de los Propileos, nuestra sensación sería la misma y nuestra turbación igual. Este campo no es un lugar de excursiones estéticas, ni un sitio de evocaciones históricas, sino un templo, y no un templo vacío como lo aseguran algunos, sino un templo siempre habitado por su diosa. Y lo que nos sorprende es esa diosa; lo que nos aleja es Palas. ¿Por antigua?... No. Divinidades

más remotas hay, ante las cuales desde luego nos encontramos como ante parientas de nuestro Dios. ¿Por extranjero entonces?... Tampoco. Más extranjero es Buda, y nos enternece con su leyenda piadosa. Por lo que Atenas nos choca es por perfecta.

* * *

Entre todas las divinidades, realmente, ésta es única. Es la Idea, es la Abstracción, es la Conciencia, es la Armonía. Los hombres que la crean a su imagen y semejanza, son seres sin vanos temores de tenebroso más allá y sin crueles pasiones fratricidas. Las frentes que se inclinan ante ella son frentes libres de prejuicios obscuros y de nebulosas quimeras. "Virgen venerable—dice el himno homérico—, tú eres la única guardiana de las ciudades." Ella, en efecto, es la patrona de los pueblos que piensan libremente y que aceptan la idea divina sin vanas angustias. Sus ojos verdes son como dos faros en la noche de las teogonías eternas. Los pensadores, los artistas, los argonautas, los pastores, encuentran, gracias a esa luz divina, los derroteros infalibles. Del fondo de los siglos, todos los que piensan van hacia ella cuando llegan a comprender la excelsa virtud de sus manos misericordiosas. Pero antes de lograr esta comprensión, ¡cuán difícil es penetrar en los arcanos de su templo! Siendo la más pura de las diosas, es la más distante. Su gravedad nos asusta, su silencio nos espanta, su altivez

nos inquieta. ¡Y qué de extraño tiene esto tratándose de miserables mortales, cuando los dioses mismos suelen temerla! Ella es la única que, obedeciendo a un principio superior a toda autoridad, y aun a toda divinidad, se atreve a absolver, en nombre de una justicia eterna, a los que han sido condenados por los dioses sus hermanos. Gracias a ella, el Areópago perdona a Orestes. Ella lucha contra Neptuno para devolver a Ulises su isla. Ella aparece entre los violentos señores feudales del Olimpo, entre los raptores de vírgenes, entre los destructores de pueblos, entre los devoradores de mundos, como un ser de esencia diferente. Sin decirlo, es la diosa Razón que el pueblo de Francia, ebrio de grandes ideales, tratará de crear mucho más tarde. Y es la Razón serena, la Razón suave, la Razón rítmica, la Razón universal. Su augusto padre, que pudo hacerla nacer de un beso, prefirió crearla con una idea. Es la hija del pensamiento divino. "Cuando nace —dice el himno homérico en su honor—, el vasto Olimpo se estremece y la tierra se llena de clamores, el mar bravío infla sus olas profundas, el hijo de Hiperión detiene durante largo tiempo sus rápidos corceles." Ante ella, en efecto, toda la concepción de las religiones se desquicia. Ella, que es diosa entre las diosas, no exige ni lágrimas, ni estremecimientos, ni tinieblas. En plena claridad puede reinar, y en plena claridad reina. Sus mandamientos son consejos, máximas de armoniosa sencillez que aconsejan el trabajo, la pu-

reza, la energía, el raciocinio y la equidad. Ella dice al águila de la idea "¡Vuela!". Ella ordena al buho de la ciencia que escudriñe las sombras. Ella pone en los labios de los hombres la miel de la elocuencia. Ella posa su diestra protectora en el hombro del obrero. Ella es la acción y la abstracción.

* * *

Es la abstracción sobre todo, y por eso cuando penetramos en su templo algo de glacial nos impresiona y nos angustia. ¡Estamos tan acostumbrados a nuestros dioses que lloran, que emigran, que cambian, que sufren, que sangran, que agonizan! Los santos mismos, ante la sublimidad incomprensible del Cristo, elevan sus manos temblorosas y gritan, como San Agustín: "¡Estás loco!" Hay una locura sobrehumana, en efecto, en el Hombre-Dios de los cristianos: es nuestro dulce Jesús de los pies heridos. Para ver a la diosa Razón es necesario alejarse del altar católico. "Detrás de ese loco sublime—exclama Mickdet—veo a la diosa eterna." Como Mickdet, Renán la ve tras su tierno hijo de María. Y no la ve de repente. Nadie la ve de repente. La cordura no surge cual una aparición. Suavemente, paso a paso, sin prisas, sin sobresaltos, va acercándose. El hombre la ve venir, y duda, y no la reconoce. ¿Una divinidad esa dama altiva que no se esconde entre velos ni agita palmas enigmáticas? Más bien parece una estatua animada. Pero poco a

poco la estatua se trueca en imagen. Y la imagen continúa su camino tranquila, hasta que después de mucho tiempo, mucho tiempo, pone en nuestra frente su dedo níveo y nos sonríe. Entonces volvemos la vista atrás. El Acrópolis aparece de nuevo ante nuestros ojos llenos de luz. Una magnífica apoteosis alumbra el templo blanco. De nuestros labios, al fin, brota la oración definitiva.

Y es la *Prière sur l'acropole*, que dice: "¡Oh, nobleza! ¡Oh, belleza simple y verdadera! ¡Oh, diosa, cuyo culto significa razón y juicio, tú, cuyo templo es un altar eterno de la conciencia!...

* * *

¡Dichoso el hombre que puede subir a la colina santa preparado para la iniciación inmediata! ¡Bienaventurado el mortal que no experimenta, al penetrar entre la columnata de los Propileos, ninguna angustiosa desilusión! Yo, humilde, confieso que no soy ese hombre. Yo he padecido, allá arriba, las sensaciones terribles de vacío y de soledad que tantos poetas expresaron en sus notas de Atenas. Yo me he preguntado, lleno de melancolía, cómo mi alma podíase sentir helada en este santuario; mi pobre alma, que lloró al pie del Gólgota; mi alma, que en el Sinaí sufrió el temblor terrible del misterio; mi alma, que en Ceylán, viendo la huella de Buda, se llenó de dulces lágrimas; mi alma, que en Nikko, ante dioses de nombres bárbaros y de leyendas obscuras, tuvo

un estremecimiento de fe... Me lo he preguntado y no he sabido contestarme. Pero más tarde, contemplando desde este mi balconcillo lejano la apoteosis del templo en la claridad de la aurora, he llegado poco a poco a comprender la grandeza divina de la pobre columnata en ruinas. Y lo mismo que el gran Renán, he dicho en voz baja, sin exaltarme, mi oración ante el Acrópolis:

"¡Diosa de los ojos verdes, bendita seas!..."

DAMASCO

"Mi paraíso no es de este mundo", murmuró el profeta, sin querer entrar en Damasco. Y aquel "vade retro" musulmán me persigue como una obsesión desde que he comenzado a pasearme por estas calles llenas de sol y de polvo. ¡Ah, si como Mahoma me hubiera contentado con admirar de lejos el gran vergel oriental!... Porque no hay duda de que ninguna ciudad produce, vista desde una altura, una impresión tan deliciosa. Los europeos que quieren explicar el entusiasmo de los árabes por Damasco, nos dicen que es preciso tener en cuenta que los que llegan aquí del interior del país han atravesado antes un inmenso desierto, sin un árbol, sin una fuente. Pero en realidad no es indispensable venir del fondo de la Arabia para sentir la dulzura verdaderamente paradisíaca de esta tierra. Si uno la contempla en Salahiyet, experimenta la sensación de ver realizarse un sueño de las *Mil y una noches*. Es un jardín inmenso el que aparece ante la vista. De ese jardín se alzan, llenando el espacio de flechas blancas, los alminares de las mezquitas. Las casas extienden sus terrazas entre las flores. Los

siete ríos legendarios brillan con cabrilleos argentinos en las calles umbrías.

Sólo que, ¡ay!, cuando penetramos en la ciudad y comenzamos a pasearnos, la delicada ilusión se desvanece. ¿Dónde están los jardines?... ¿Dónde las terrazas floridas?... ¿Dónde las mezquitas?... ¿Dónde los ríos?... Al salir de la estación del ferrocarril de Beirut, nos encontramos de pronto en una avenida de una ciudad de segundo orden francesa o italiana. Ahí va el río de todas las canciones y de todas las esperanzas, el río casi sagrado que hace soñar durante las noches solitarias a los caballeros del desierto, el dulce Baradá de aguas de turquesa... Mas, para no mentirnos a nosotros mismos, tenemos que confesar que no es sino un arroyo turbio y lento, que pasa bajo vulgares puentes de hierro. ¿Y la explanada por la cual nos conduce nuestro cicerone y que, según parece, era antiguamente el paseo de los jinetes y de las damas veladas? ¡Oh, desencanto de los desencantos! Hoy no vemos ahí sino grandes casas de estilo europeo, hoteles alemanes y suizos, edificios municipales, almacenes enormes cuyos rótulos son copias de los de París; y para completar el cuadro, un tranvía eléctrico, un endiablado tranvía que pasa sonando sus campanillas y que va a perderse allá muy lejos, después de la plaza central, entre las callejuelas antiguas... En la plaza, la desilusión se acentúa. ¿Estamos realmente en Oriente? Esta formidable columna de hierro que se alza aquí cubierta de tro-

feos, celebra no una victoria de los príncipes ommíadas, sino una victoria del progreso. Al pie de la columna se amontonan los coches de alquiler, iguales a los viejos simones madrileños, con sus caballos flacos y sus cocheros soñolientos. Más allá, una enorme cervecería llena con sus sillas toda una acera. Y la calle que conduce a los bazares se abre, así, entre ruido de *choppes* servidas por camareros rubios y estrépito de timbres eléctricos.

Verdaderamente, me digo, más me hubiera valido imitar a Mahoma y no entrar en este paraíso, de lejos tan bello, de cerca tan vulgar...

* * *

Pero no; pero no... He aquí que, apenas hemos abandonado la gran plaza de las cervecerías y la gran calle del Tramway, para meternos por un pasaje abovedado, todo cambia como por obra de magia. El Occidente, y el progreso, y la electricidad, y la prisa, se quedan allá fuera. Aquí, en una penumbra tibia, el pasado oriental nos sale al encuentro con sus aromas, sus músicas, sus colores y sus líneas. Estamos, según me dice mi guía, en el Bazar, en el famoso Bazar de Damasco, donde se amontonan, desde hace más de mil años, los tesoros del comercio y de la industria árabe. Aquí vienen, en caravanas interminables, a través del desierto, los perfumes de Bagdad y los bálsamos de Basora; aquí llegan

de Persia, envueltos en telas brillantes, los bordados de oro y los collares de filigrana; aquí se conservan las últimas hojas de alfanje damasquinadas por los artistas de otro tiempo; aquí está el depósito de las sedas del Líbano y de Alepo; aquí se venden los encajes de Galilea; aquí, en fin, se encuentran los productos de los diez mil telares que aun funcionan en la ciudad como en tiempo de los califas fatimitas. ¡Oh, estas sedas de Damasco, estas extraordinarias sedas, cuya riqueza asombra y cuya belleza encanta, estas sedas que parecen hechas para mantos de reyes legendarios!... No sé cuántas horas llevo en una tienda, dejando que dos mercaderes de blancos turbantes y de amplias túnicas expongan ante mis ojos alucinados las maravillas de sus estanterías. Y son brocados en los cuales toda una flora de ensueño abre sus corolas áureas en fondos de colores violentos, púrpuras, anaranjados, violetas. Y son amplias mantas tejidas de plata, sin más adorno que el reflejo del metal blanco mezclado con el de la seda blanca, mantas para ideales desposadas de rostros invisibles, mantas virginales y místicas. Y son largas tiras de crespones a rayas multicoloras, como los que se ven en los cojines de los palacios. Y son sederías negras, severas, que parecerían paños de luto con sus sequedades algo rudas, a no ser por los hilos de oro que pasan, de trecho en trecho, entre sus mallas sombrías. Y son tules del color de la aurora, casi impalpables, verda-

deros vapores de seda, claros, transparentes y luminosos, que al desenvolverse sobre los demás tejidos lo cubren cual una niebla, idealizándolos... ¡Cómo se comprende aquí la embriaguez que en los viejos cuentos árabes se apodera de las hijas de los bajás cuando los mercaderes recién llegados de Basora, de Samarcanda, de Bagdad o de Damasco, abren ante ellas las cajas de sus caravanas! Yo mismo, que en realidad no sabría qué hacer con tantos tesoros luminosos, permanezco absorto ante ellos, experimentando un deseo absurdo de llevármelos todos, todos, de acariciarlos largamente como se acaricia una cabellera femenina, de envolverme en ellos... Y es necesario que mi guía me despierte de mi ensueño de suntuosidades, para que me dé cuenta exacta del tiempo y del lugar.

* * *

"Aun tenemos que ver muchas cosas", me dice. Es cierto.

Tenemos que ir hasta el barrio de los judíos, allá, muy lejos según parece, con objeto de ver la puerta por la cual entró San Pablo y la ventana por la cual se escapó para librarse de las asechanzas de sus enemigos. Tenemos que ir hasta el lugar de la visión.

Tenemos que ver todos los lugares santos de la ciudad, antes de visitar los palacios de los bajaes, que son, si hemos de creer a Pierre Loti, alcázares encantados.

"He aquí la casa de Ananías."

En el fondo de un patio ábrese una puertecilla que conduce a un subterráneo frío, convertido por los franciscanos en capilla. Este es, según parece, el único santuario auténtico entre los varios que enseñan los cristianos, pues la célebre ventana por la cual se escapó San Pablo no es sino una brecha abierta en época relativamente reciente en lo alto de una muralla sarracena. Otro reposorio bíblico que tampoco debe ser auténtico de un modo indiscutible, y que, sin embargo, nos impresiona más que la mansión de Ananías, es la casa de Naamán, el guerrero leproso curado por Eliseo. El sitio en que se encuentra, todo poblado de ruinas milenarias, es de una belleza horrible.

Con la eternidad que tienen en Oriente las cosas, aun viven, alrededor de esta casa leprosa, los leprosos damascenos. El paisaje es de una sordidez grandiosa. Los árboles se detienen muy lejos. Los arroyos no llegan hasta aquí. El suelo, cubierto de despojos, es gris e ingrato. Muy cerca está el principio de la calle Derecha, por donde entró, lleno de fe repentina, el fogoso Pablo.

"Tal cual hoy vemos esta larga calle que corta en dos partes la ciudad—nos decimos recordando una frase de Renán—, así debió de ser en tiempo del apóstol." Nada, empero, nos habla aquí del Evangelio. Las casitas apiñadas en racimos tortuosos, con terrazas bajas y ventanas estrechas,

son iguales a las de todos los pueblos musulmanes, casitas herméticas y hostiles, casitas misteriosas.

* * *

Instintivamente hemos vuelto hacia los bazares, y los recorremos sin cansarnos durante horas enteras. Todo nos interesa en estas inmensas galerías, llenas de tiendecillas y de obradores, en los que se concentra la actividad de la población. Divididos por gremios, según la venerable costumbre oriental, cada "suk" tiene su color y olor especiales. Aquí están los vendedores de sederías, en esta larguísima calle abovedada que va hasta la mezquita de los ommíadas. Sus estrechos recintos, que suelen contener verdaderos tesoros, son los más alegres que existen, con sus pañuelos multicolores colgados en las puertas y sus lindos chales rojos tendidos en el interior. Junto a las sedas aparecen los cueros, brillantes, labrados como joyas, que sirven para fabricar los arneses y las babuchas. Sentados en el umbral de sus barracas, los talabarteros y los zapateros trabajan sin prisa en la realización de sus obras maestras. Todos hacen los mismos gestos. Todos se aplican a la misma labor. Todos emplean los mismos materiales. Vistos de lejos, forman un interminable friso vivo de una simetría perfecta. Y si sus actitudes son uniformes, sus labores no lo son menos. A través de los siglos, las mismas sillas de montar, llenas de adornos; las mismas

riendas, adornadas de cuentas de vidrio, y las mismas pantuflas puntiagudas siguen saliendo de los mismos talleres. Los hijos de Saladino no necesitan, como nosotros, cambiar a cada instante de modas ni de modales. Cual se vestían en tiempo de los grandes califas, así se visten hoy. Las mujeres pasan por entre los "suks", siempre envueltas en sus velos flotantes, siempre tapadas como espectros, siempre discretas y medrosas. De vez en cuando, al entrar en una tiendecilla, levantan su antifaz obscuro y dejan brillar sus grandes ojos negros, que los poetas comparan siempre con los de las gacelas. Pero esto no dura sino un minuto. Luego el velo cae de nuevo sobre la faz pálida, y el fantasma continúa su vida misteriosa. "Lo único que no lograremos jamás—decía un revolucionario turco a Marcelle Tinayre—es destapar el rostro de nuestras mujeres." Y si eso pasa en Constantinopla, donde ya la cultura europea se filtra por todas las grietas de los viejos muros del serrallo, figuraos lo que será en Damasco, que tiene la pretensión de conservar las tradiciones con más pureza que Bagdad y Samarcanda. El mismo "tarbuch" rojo, adoptado por todo el islamismo, aquí no es frecuente. Los nómadas llevan siempre sus coronas de lana negra, y los sedentarios no se quitan nunca el turbante. Y, a fe mía, bien hacen, pues así vestidos, con sus amplias túnicas de colores suaves y sus tocados antiguos, son seres de las *Mil y una noches.*

* * *

Y son seres deliciosos, corteses, amables, galantes, hospitalarios, discretos, tolerantes. En estos mismos momentos en que los preparativos para la peregrinación a la Meca atiza en las almas el fuego religioso, no puede nadie sorprender en las calles la más ligera muestra de hostilidad contra los cristianos. En la gran mezquita de los ommíadas, donde pasamos la mañana, no notamos una sola mirada hostil. Cuando entramos en el santuario, después de habernos descalzado piadosamente, la escuela de los "muftis" está en plena actividad. Acurrucados en una inmensa tarima, los futuros sacerdotes oyen al imán, que les explica los grandes secretos del Corán con ese tono de melopea adormecedora que en todas partes tienen las recitaciones de iglesia. Los adolescentes de perfiles de bronce parecen oír la venerable palabra con la mayor deferencia. Innumerables fieles, que terminaron ya su prez matinal con el rostro vuelto hacia el "mirab", permanecen postrados al pie de las columnas, soñando largos ensueños. En algunos rinconcillos reservados para devociones especiales y para milagrosos votos, los creyentes abísmanse en delirantes invocaciones. Todo el templo parece animado de una intensa vida piadosa, de una profunda actividad mística. Mi guía, que es un sirio de Jerusalén, acostumbrado a las intransigencias de los guardianes de la mezquita de Omar, asegúrame a cada paso que no es prudente continuar nuestra visita a esta hora. Por mi parte, no sólo no veo en los fieles de

Mahoma la más leve amenaza, sino que hasta me parece que ni siquiera han notado nuestra presencia. Deteniéndome ante cada detalle arquitectónico que me inspira curiosidad, voy, sin prisa, entre los "muftis" y los imanes, no provocando sino el vuelo de algunas palomas. Más feliz que Pierre Loti, quien estuvo aquí cuando el incendio de 1893 había convertido este recinto en un campo de escombros, he podido ver la mezquita reparada, con su antigua forma, ya que no con su antiguo esplendor. "Para construir el santuario de los ommíadas—dice el profesor Socin—vinieron mil doscientos artistas de Bizancio. De las ciudades de Siria se trajeron columnas antiguas. El pavimento y la parte inferior de los muros eran de mármoles raros, y la parte superior de los muros, así como la cúpula, estaban cubiertos de mosaicos. Los nichos para orar tenían incrustaciones de piedras preciosas. Entre las columnas se entrelazaban pámpanos de oro. El artesonado era de cedro incrustado de oro. Las seiscientas lámparas eran de oro." De todos estos esplendores antiguos hoy sólo quedan las columnas y algunos fragmentos de mosaicos. En cuanto al precioso metal de las lámparas y de las incrustaciones, hace mucho tiempo que desapareció en los torbellinos de las guerras y de los motines. Pero tal como es, siempre puede figurar entre los más bellos edificios religiosos del Islam este viejo oratorio de califas, con sus vidrieras de colores, con sus capiteles labrados, con sus mármoles de matices suaves,

con su soberbia cúpula, con su gran patio descubierto. Lo único que no tiene es la suave penumbra que tanto impresiona en otras mezquitas. Muy clara, en efecto, muy ventilada, carece de misterio y de intimidad. Es un santuario para grandes rezos colectivos, no para coloquios tiernos con el Creador. Sus diferentes capillas, consagradas a diferentes sectas musulmanas, hacen ver su carácter de amplio panislamismo. Por eso, sin duda, los viejos fieles, apegados a las tradiciones locales, prefieren, para alzar sus preces a Allah y para conversar con el Profeta, las mezquitas más pequeñas y más escondidas que se encuentran a cada paso en el laberinto de las callejuelas antiguas.

* * *

Estas gentes tan risueñas, tan corteses, tan gentiles; estas gentes que no enseñan sino sus reverencias graciosas a los forasteros, tienen, sin embargo, una historia trágica. Viéndolos ahora envueltos en trapos alegres, me pregunto si es posible que en el fondo de sus almas exista la dureza de que dieron muestras durante las matanzas de cristianos. Y tengo necesidad de recordar los relatos leídos recientemente, para convencerme de que no estoy entre escépticos, sin fe hostil y sin fanatismo sanguinario. "Según el testimonio de los testigos oculares—dice Vogué—, los cristianos fueron degollados como

corderos. Había grupos que huían, perseguidos por los musulmanes; pero la mayor parte presentaban el cuello al cuchillo, sin tratar de escapar a su destino." Y luego, hablando del saqueo de Asbeya, agrega: "Los restos de la población válida se habían refugiado en la iglesia; enloquecidos por lo que habían visto, una locura furiosa se había apoderado de aquellos cristianos; amontonados en la azotea del edificio, contemplaban, riendo frenéticamente, el incendio de sus casas. Un amigo mío encontró en las puertas de la ciudad a una mujer que contemplaba, riendo, los cadáveres de su marido y de sus hijos; los drusos le habían arrancado de los brazos a un niño de teta y lo habían aplastado con los pies." Esto pasó aquí, en las mismas plazas donde ahora todo sonríe, entre los paredones impasibles, junto a los bazares llenos de músicas y de canciones... Los vendedores de sederías, que hace un instante me ofrecían sus voluptuosos velos entretejidos de oro, con una cortesía infinita, son, tal vez, los hijos de aquellos degolladores. Y los otros también, los que venden, entre risas y chanzas, sus ricos pasteles de miel; los que pasan, con una flor en los labios, envueltos en luminosas chilabas; los que me saludan desde el umbral de sus tiendecillas; los que, muy graves, se enternecen al ver a los perros errantes y les echan pedazos de pan; todos los que me rodean, en fin, todos, todos, tienen en la sangre la ferocidad de los matadores de cristianos, y el día en que la oportunidad de

organizar una buena matanza se presente de nuevo, trocarán, locos de gozo, su sonrisa actual por un gesto sanguinario y magnífico.

* * *

¡Oh, estas calles del Damasco viejo, a las cuales no ha llegado el ruido del tranvía, estas tristes calles color de tierra, estas calles llenas de polvo o de lodo, estas calles sin ventanas, sin voz, sin vida! Cuando uno penetra en ellas al salir de los alegres bazares, figúrase que ha entrado en una villa desierta y yerta. ¿Dónde están sus habitantes?... Más aún: ¿dónde están sus casas?... Porque a primera vista no se distinguen sino muros decrépitos que se extienden en líneas quebradas según absurdos alineamientos. Sólo de trecho en trecho se descubre una puertecilla carcomida, con su enorme aldabón de hierro. Aquí, sobre todo, a la sombra del soberbio alminar de la gran mezquita, la ciudad tiene un aspecto fantástico de agonía y de miseria. Y, sin embargo, éste es el barrio donde se hallan las famosas viviendas que tanto asombran a los forasteros.

"Hay que llamar", díceme mi guía deteniéndose ante postigos muy modestos.

Hay que llamar, en efecto, y luego hay que esperar muy largo tiempo, hasta que un negro asoma misteriosamente la cabeza por un portillo. Hay que trasponer otra puerta, a veces otras dos, otras tres puertas. Y al fin, como premio de

tanta paciencia, se recibe la recompensa del fantástico espectáculo de palacios nunca vistos. Aunque esto de nunca vistos no lo digo yo, que conozco el Alcázar de Sevilla y la Alhambra de Granada, sino los viajeros alemanes, ingleses y franceses. "Como un sueño de las *Mil y una noches*—escribe Pierre Loti—, me acordaré siempre de haber visitado, una mañana de primavera, la mansión del bajá Abdulah." Yo también he visitado esta mansión, gracias a una carta del doctor Mardrus. El bajá nos ha recibido, a mi cicerone y a mí, sentado en un taburete de cuero y fumando un enorme "narghilé". "Admira a tu antojo", me ha dicho. Y sin duda, este patio rodeado de altas murallas, refrescado por una fuente inmensa, alegrado por boscajes de jazmines, de rosas y de mirtos, es admirable. Y la gran sala en la cual el bajá recibe a los que vienen a visitarlo, la sala fresca y suntuosa, cuyo piso es de jaspe, cuyas paredes están cubiertas de azulejos, cuyos artesonados son encajes policromos, cuyas vidrieras reparten la luz con una perfecta ciencia de las penumbras, sin duda, sin duda, también es admirable. Pero me basta volver la vista hacia el Alcázar o hacia la Alhambra para que, en el acto, todo esto me parezca pobre, estrecho, seco, de mal gusto. Además, los palacios árabes españoles tienen la ventaja de no estar amueblados, mientras la mansión de Abdulah se enorgullece con los más horribles muebles que puede uno figurarse. En el salón en que me encuentro veo

nada menos que un armario de luna de estilo Luis XVI, todo incrustado de nácar. Junto al armario, en un marco de un gusto detestable, resplandece la imagen de Guillermo II de Alemania.

"Aquí estuvo", nos dice el bajá, lleno de orgullo.

¡Ah, el terrible káiser! No hay medio de dar un paso por Damasco sin tropezar con su recuerdo. Allá arriba, a la entrada de la población, donde antes enseñaban el lugar en el cual el Profeta se detuvo para contemplar los jardines, muestran un belvedere edificado para su majestad imperial. En la tumba de Saladino, en la capilla donde hasta hace poco no penetraban los infieles, lo primero que se ve es una corona de bronce dorado, puesta por su majestad imperial al pie del catafalco. En el hotel, en fin, cuando uno se permite la menor observación, el manager, solemne, contesta:

"Aquí estuvo su majestad imperial."

Al bajá, que me enseña el retrato del káiser, le digo:

"Aquí estuvo también Pierre Loti, un gran artista, un gran poeta, que ha cantado la gloria de tu palacio."

"No sé..., no sé...", me contesta con desdén.

Y luego, leyendo de nuevo la tarjeta del doctor Mardrus, murmura:

"La señora de Mardrus es poeta... ¡Qué ojos tan lindos tiene!..."

* * *

Cuando salimos de la casa del bajá Abdulah, las callejuelas del antiguo barrio de la gente rica me parecen de una fealdad y de una sordidez inverosímiles. Los paredones grises se alzan a uno y otro lado, impidiendo que la luz llegue hasta el suelo.

De vez en cuando, un postigo entreabierto deja entrever un patio sin un árbol, sin una fuente. Y nunca ventana, nunca nada que ponga en comunicación el hogar con la vía pública. Cada casa es un convento, una fortaleza y un presidio.

Detrás de los paredones, más allá de los patios exteriores, comienza la mansión con sus flores y sus juegos de agua, con sus salas cubiertas de azulejos y sus galerías de cedro labrado, con sus divanes profundos y sus espejos tentadores. Pero ese paraíso pertenece al dueño del harén, al amo y señor de la familia. Para los demás no existe sino la tapia, y el lodo de la calle, y la penumbra perpetua entre los postigos siempre cerrados. Un olor de humedad hace más desagradable aún estos barrios antiquísimos. Aun en los días en que no llueve, los pies resbalan en el lodo. Los arroyos, que cantan adentro la canción de sus surtidores, fuera forman un charco negro. Hay que ir muy lejos para ver calles frescas, con alegres escenas árabes; hay que atravesar todos los suburbios; hay que salir por una de las puertas antiquísimas de la ciudad y seguir el curso caprichoso de los ríos, que se esconden entre los mu-

ros, que surgen cuando uno menos lo piensa, y que vuelven a esconderse en un perpetuo jugueteo.

* * *

Hénos aquí, de nuevo, en el Bazar. Todos los días nuestros pasos se dirigen hacia este delicioso laberinto, en el que bulle y palpita la existencia de la ciudad. Aquí los que no saben escribir vienen a sentarse junto a las mesitas de los memorialistas y dictan sus cartas de amor o de negocios. La clientela femenina, sobre todo, es abundante en los rinconcillos discretos. Muy tapadas, hablando muy quedo, tratando de contener los movimientos nerviosos de sus manos pálidas, las damas árabes hacen poner por escrito lo que quieren que el ausente sepa. Cerca de los memorialistas están los fabricantes de sellos, que, con útiles muy finos, graban en los chatones de las sortijas la cifra que sirve en Oriente como firma, y que es indispensable en todo documento. Algo más allá están los joyeros, que trabajan lo mismo que sus abuelos de hace quinientos años, que, a pesar de eso, o por eso mismo, producen obras de una delicadeza y de una gracia exquisitas: collares de filigrana con incrustaciones de vidrios que les dan un brillo de esmalte, brazaletes sonoros y vistosos para adornar los finos tobillos de las damas del harén; pendientes muy bellos y muy fantásticos, que, de lejos, parecen

enormes escudos de oro y que ponen su nota de luz en el tocado de las beduínas. ¡Con cuánta fe se inclinan estos buenos joyeros sobre la labor comenzada! En la seriedad que demuestran, se ve que están convencidos de que no hay sacerdocio más respetable que el que tiene por objeto aumentar el encanto femenino. Y si los joyeros son sacerdotes, los reposteros son alquimistas. En el fondo de sus tiendecillas decoradas con cerámicas persas de gran precio, atizan sin cesar el fuego de sus hornillos bajo las retortas más enigmáticas. Un aroma riquísimo de miel, de canela, de rosas y de leche, embalsama las inmediaciones de sus puestos. Los niños y los perros forman a sus puertas una perpetua guardia de honor. Ante otras barracas donde también hay hornillos y retortas, pero que no huelen a canela, sino a aceite rancio, los que se amontonan son los miserables, los muertos de hambre. Porque no todo es lujo y labor feliz en estos "suk" benditos. También hay una galería, muy grande y muy poblada, que no es sino un mercado de andrajos, una "corte de los milagros" de Oriente. ¡Ah, lamentable y hediondo suk-el-kumeilé, que aun no había visto y que surges hoy de pronto, cuánto más patética es tu sordidez que la de todos los "rastros" occidentales! Envuelta en albornoces flotantes que se caen a pedazos, la pobreza de Damasco tiene actitudes desgarradoras, que aun la pobreza de Rusia, muerta de frío, desconoce. Al salir de la galería de las sedas y de los perfumes, sobre todo, cuan-

do uno se siente alucinado por las imágenes más bellas de la voluptuosidad, el brusco aparecer de los andrajos causa una angustia infinita. Y a pesar de lo curioso que el espectáculo me parece, huyo de él instintivamente, y vuelvo hacia lugares más alegres para respirar de nuevo los efluvios de la dicha, de la alegría y del regocijo que llenan otros lugares. Tengo necesidad de luz, de espacio, de aire libre, de flores, de agua, de árboles... La imagen fresca e idílica de las arboledas acude a mi memoria.

* * *

Para pasar mi última tarde damascense, me refugio solo, sin guía, sin amigos, en el vasto suburbio de los jardines entrevistos ayer desde las alturas de Salahiyet. Ahí también las tapias, las indispensables tapias pardas, impiden gozar de los boscajes y de las alamedas. Cada jardín está cercado como una ciudadela. Los musulmanes necesitan un recato absoluto para sus ritos familiares. Especialmente en estos sitios campestres, en los cuales pasan las damas de la aristocracia los días de verano soñando bajo los jazmineros floridos, es preciso que las puertas sean más robustas y más herméticas que en las casas del barrio rico. "Que ninguna mirada pueda filtrarse hasta ti, para que yo te vea siempre pura", dice un poeta árabe. Ahora, por fortuna, no es época de pa-

seos, y algunos postigos entreabiertos me permiten admirar la belleza de los vergeles profundos, llenos de murmullos de fuentes y de aromas de flores. ¡Ah!... En verdad, el Profeta obró de un modo cuerdo al negarse a llegar hasta aquí, pues el paraíso terrestre de estos vergeles le habría obligado a no pensar nunca más en conquistar el del otro mundo. En este oasis, bajo este cielo, entre estos efluvios balsámicos, la existencia no se comprende sino como un perpetuo ensueño sensual y perezoso. ¡Cuán lejos me siento de las inmediaciones de las mezquitas, en las cuales se amontonan los fanáticos para orar austeramente! Los siete ríos legendarios se dividen en centenares de arroyuelos, que pasan, sin prisa, recitando madrigales de languidez. Los árboles, siempre verdes, alzan sus copas propicias en el oro del día. Las alas de la brisa, que han atravesado sotos de limoneros y de magnolias, acarician las sienes con una suavidad enervante. Olvidándome de San Pablo, me siento un alma de árabe y experimento la necesidad de entrar en uno de estos cafés al aire libre, para vivir en silencio largos minutos de quietud, de quimeras y de ignorancia.

Me parece que todo lo que constituye mi vida normal se ha desvanecido para siempre. El humo del "narghilé" sube en espirales blancas y va a confundirse con el de los musulmanes que me rodean, como mis soñaciones se confunden con las suyas. A lo lejos suena una música monótona de

guzlas o de violines beduínos. El agua del río parece inmóvil. En las enramadas no se mueve una hoja... Y mi nirvana voluptuoso es tan dulce, tan dulce, que me siento acongojado a la idea de que no ha de durar sino un instante...

NIKKO

He entrado por la Puerta divina. Sin detenerme en las ciudades laboriosas, he venido hasta el corazón mismo del país, con objeto de oír, en la excelsa paz de estas tardes estivales, las voces milenarias de la selva, de las leyendas y de los torrentes. La casita en que me hospedo está suspendida en el espacio, cual uno de aquellos nidos que en los cuadros de Hokusai se mantienen en equilibrio increíble en los muros carcomidos. Cuando corro mis ventanillas de papel, el perfume de los lirios penetra en la estancia, entre cantos de cigarra y murmullos de arboledas. Muy abajo, muy abajo, un torrente llena la hondonada de espuma celeste. ¡Pero, qué digo uno! Cada cien pasos se descubre un salto de agua. Aquí está el de Ziakko, que se despeña noblemente por una regia escalera de peñascos; más allá, el de Zikuan-no-taki, célebre en el mundo por su frialdad glacial; un poco más lejos, el Dai-ya-gava, que es una de las ocho maravillas clásicas del Japón, y más adelante, el Sira-Ito, así llamado porque parece una cabellera de plata que ondula. Los poetas han dejado en las piedras de esta comarca numerosos versos en honor de las cascadas. "Pa-

rece—dice una inscripción—que fueran vacíos azules entre dos rocas: de tal modo son claras." "Cuando me refresco las sienes en estas aguas —dice otro—, todas mis penas se desvanecen." Y una tercera: "Diríase el cinturón blanco de mi amada, cuando cae a sus pies a la hora de desnudarse." Estas inscripciones anunciarían, desde luego, que estamos en un lugar de poéticas tradiciones, si fuera aquí necesario algo más que el nombre de la montaña misma para tal objeto. Los japoneses juran que quien no ha visto Nikko no sabe lo que es la belleza. Aun los que, como Kipling y Loti, vinieron con ánimo hostil, tuvieron que confesar que se hallaban en el más bello santuario artístico de la tierra. El famoso Dresser escribe: "Son maravillas de color comparables a la Alhambra, pero mil veces superiores." Y esto mismo, que suena a herejía, no es sino la más estricta verdad.

* * *

Nikko, lo mismo que todos los santos sitios del Japón, tiene orígenes milagrosos.

Su fundador, Sio-dio-sio-nin, hijo de Takafusi-no-suké, nació en la provincia de Simodzuke, el vigésimo día del cuarto mes del año séptimo de Tem-pei. Desde su más tierna infancia mostróse tan piadoso, que sus compañeros le llamaron "insecto de iglesia". A la edad de siete años, un ángel se le apareció cuando se encontraba en un templo, y le dijo. "Yo soy Sei-siu-mei-sei-ten-

siu. En nombre de los dioses te concedo el don de la sabiduría." Muy modesto, el niño sabio guardó en secreto su ciencia infusa. A los veinte años escapóse de su casa para ir a meditar en una caverna de Idzurú. Allí pasó tres años. Luego, en otra gruta, pasó otros tres años solitariamente. El primer año de Tem-pei-zin-go, que corresponde a 767 de nuestro calendario, sintió la necesidad de ir hasta la montaña. Una voz misteriosa ordenábale que marchase. Marchó día y noche, sin descanso, hasta que al fin llegó al borde de este Inari azul que forma tan gran número de cascadas. Las aguas estaban muy altas, y por ninguna parte se distinguía la menor señal de vado. El santo peregrino se arrodilló y permaneció así cerca de una semana. Cuando sus fuerzas comenzaban a flaquear, un ángel "igual a un demonio" apareció del otro lado del río, y mostrándole dos enormes serpientes rojas, le habló de esta manera: "Yo soy Sinsia-daio. Cuando Guen-so y San-so fueron de China al país de los indios, pudieron, gracias a sus oraciones, atravesar el desierto. Quiero que tus oraciones sean igualmente recompensadas. ¡Pasa!" Al pronunciar esta última palabra, las dos serpientes se lanzaron hasta formar un puente, por el cual pasó Sio-dio-sio-nin para ir a fundar el templo de Nikko.

El "cicerone" erudito que me habla de estos orígenes, temeroso sin duda de que no dé fe a sus palabras, me cita en su apoyo un libro sagrado que se titula *Bo-so-konritsuki.* "Los doctores chi-

nos—agrega—han estudiado la vida milagrosa de Sio-dio-sio-nin, y están seguros de que fué un gran santo en el cual es necesario creer. Si usted quiere, cuando volvamos al hotel le traduciré un capítulo de las crónicas de Li-Ko-Mé, para que se convenza."

No hay necesidad de libros del Celeste imperio para comprender el divino origen de todo esto. He allí, justamente, una torre que aparece entre las criptomerías gigantescas y que proclama, con su belleza, la verdad de los milagros. Porque es un milagro de arte, un milagro de suntuosidad, la arquitectura de Nikko. El ensueño mismo no llega a tanto esplendor. Es una realidad que hace palidecer a la imaginación. Es algo más rico, más delicado y más enorme que lo que hemos visto en los cuentos de hadas. Los alcázares de las *Mil y una noches* palidecen ante estas construcciones. Leed los libros de los viajeros, y encontraréis en todos, desde Dresser hasta Loti y desde Lowel hasta Kipling, la misma impotencia para describir tanta maravilla. "Es imposible —dicen—, es imposible."

* * *

Por alamedas de criptomerías gigantescas llegamos al lugar en donde se encuentran reunidos, en un espacio relativamente pequeño, los tres grandes templos. Desde lejos una pagoda aparece, entre los árboles, con sus cinco techos superpues-

tos, pintados de azul, y sus muros rojos llenos de filigranas. Este solo monumento bastaría para ilustrar un pueblo. Aquí apenas tiene la importancia de un campanario. A sus pies aparece un friso de monos representando las virtudes. Los hay que se tapan la boca, los ojos y las orejas, para simbolizar la discreción; los hay que se inmovilizan en actitudes beatas, para indicar la fe; los hay que se ayudan a subir por rocas escarpadas, para patentizar la caridad; y todos esos cuerpos peludos y todas esas caras grotescas tienen una fuerza expresiva tan intensa, que luego quedan grabados para siempre los gestos simiescos en la memoria. Los proverbios japoneses se inspiran a través de los siglos en las posturas de estos monos. Algunos pasos más lejos, un muro que rodea uno de los santuarios ostenta la más sorprendente decoración escultural de pájaros y de flores, que se mezclan, que se combinan, que forman grupos caprichosos en los cuales las alas atornasoladas de los faisanes y las colas irisadas de los pavos reales hacen resaltar las violencias de tonos de las rosas y de las peonías. Cada flor, cada ave, cada insecto, es una joya artística. Los más ilustres escultores trabajaron años y años en tallar así esta madera, que en seguida pintores famosos coloraron con paciente realismo.

También los dioses que guardan las puertas en cada templo son obras de un mérito muy grande, que requirieron lustros enteros de trabajo. Este que escala una roca es Daikoku, el señor de las

riquezas. Su cabellera está formada de cuernos entrelazados, y en su risa hay algo de feroz. Sus manos de presa sostienen un saco repleto. El pañuelo que rodea su cuello es un tejido de oro y de pedrerías. En otro nicho, dentro de una jaula de laca, un demonio gesticula y baila, y abre los ojos tan grandes, que se le ven hasta los nervios interiores. A un lado, formando uno de esos contrastes peculiares en el arte japonés, Benter, Dios de la Belleza, sonríe con su sonrisa que cura todos los males. Y éste que se yergue airado, blandiendo una maza de oro, ¿quién es? Sin duda, Bishamon, patrón de los samurayes. En cuanto a este otro que tiene una expresión de perpetua alegría y cuya carcajada es tan franca, seguramente es el buen Hotel, protector de los que beben y de los que cantan, divinidad rabelesiana que parece un Buda borracho.

* * *

Penetramos en un templo cualquiera—en uno de los dos grandes, en el Iyemitsu o en el Iyeyasu—. El de Iyemitsu tiene una puerta de oro labrado, que rutila como un cáliz, y su techo azul celeste, con remates áureos, es como una inmensa piedra de jade. En el de Iyeyasu las puertas son como encajes de colores y están precedidas por una columnata de marfil. Los cinco escalones que hay que subir para llegar al umbral son de bronce esculpido. En cuanto a los

muros interiores, a los artesonados, a los adornos, ambos son igualmente admirables. Más que dos templos diferentes son dos ejemplares del mismo santuario. Los colores, los motivos, las proporciones, todo se repite de uno a otro. "En verdad —dice Loti—, entre los palacios de esos dioses no se sabe cuál es el más bello, y lo extraño es que un solo pueblo haya podido fabricar los dos gemelos."

Al penetrar en el recinto sagrado, una impresión de sobrenatural se apodera del alma. La suntuosidad en la delicadeza es alucinadora. Y como los templos japoneses no son inmensos cual las catedrales cristianas, ni están hechos para multitudes, sino para aristocracias reducidas, la vista abarca desde luego los detalles. Por todas partes oros, lacas, marfiles, jades, bronces, sedas, filigranas. Las maderas preciosas que forman la arquitectura propiamente dicha están labradas aun en sus más ocultas superficies. Los dragones tutelares se estiran en los frisos, suben por los pilares, se arrastran por las partes inferiores de las paredes formando misteriosos grupos; parecen con sus ojos de fuego los guardianes de tantos tesoros, los pastores de tantos rebaños. Porque es inaudito el número de animales sin nombre que se amontonan en estos templos. Los leones alados, con colas de peces y melenas interminables, cuelgan de los arquitrabes. Los pavos reales arrastran sus plumajes, que toman proporciones fabulosas y que se tiñen de oros y de púrpuras.

Los ibis llegan con sus picos hasta el techo, y a sus pies los perros con cabezas de cocodrilos abren sus fauces hambrientas. Seres espantosos, mitad toros, mitad ratas, sostienen con brazos humanos las cajas de las reliquias. En los capiteles, legiones de serpientes multicéfalas, de cuerpos triangulares, se enroscan y bajan formando columnatas solomónicas. Luego, casi tan numerosas y tan variadas como los dragones, las quimeras, las blancas quimeras de alas de fénix que anidan en los cabezales de las puertas, que ocupan los espacios vacíos entre los *panneaus*, que se esconden entre las flores y entre las ramas. Los japoneses, que tan horribles muecas dan a los animales, saben prestar a las plantas seducciones desconocidas en el resto del mundo. Desde luego se adivina que para ellos las corolas y los tallos tienen algo de divino. "La tierra—dice un himno chintoista, que los sacerdotes de Nikko cantan en las ceremonias del culto—, la tierra es la madre de quien todas las criaturas han recibido la vida." Por eso todos, todos la adoran. Grandes árboles y menudas hierbas, piedras, arenas que hollamos, aguas, tempestades, brisas, ruido de torrentes, canto de aves, perfumes de flores, no son sino estrofas en honor de la tierra. Entre los altares populares, hay uno consagrado a cierto personaje de la antigua leyenda que le salvó la vida a un sauce florido. Las flores son santas. Tienen vida, tienen amores, tienen caprichos, tienen deseos. A veces, por

no dejarse separar del tallo en que nacieron, se deshojan y mueren. Otras veces, al ver pasar a una mariposa bonita, se inclinan hacia ella, tratan de acariciarla, se estremecen de placer. Los escultores las han representado en los santuarios de Nikko con todas sus caprichosas metamorfosis, con todos sus esplendores divinos. Hay un plafón de crisantemos divinos, de hortensias, de lotos y de lirios, que hacen la más deliciosa sinfonía de tonos pálidos que puede soñarse, de rosa desfalleciente, de azul celeste y de oro verde. En el centro, una corola inmensa se transforma en mujer. Pero, aun rápidamente, sería imposible describir todos los plafones. Los hay de vigas doradas y esculpidas, que hacen juegos de sombras enigmáticas en el fondo blanco; los hay de fénix pintados entre ramas floridas; los hay de hidras verdes que se retuercen sobre escudos de oro; los hay de medallones minúsculos cincelados y esmaltados como joyeles de precio. ¡Y qué decir de los muros de laca! Uno solo, el que en el santuario de Iyemitsu rodea el altar, es tan maravilloso, tan rico, tan perfecto, que aun la imaginación más ardiente se lo pintaría menos bello de lo que es en realidad. Figuraos un biombo esculpido por grandes artistas, cubierto de cobres que fueran encajes de metal, un biombo de diez metros de alto y de cincuenta o sesenta de extensión; figuráoslo rutilante de oro, brillante de laca, frisado de colores, y tendréis una idea de lo que es, pero una idea vaga y débil.

Sí; la palabra humana no puede nunca traducir esas maravillas de arte, de gracia, de luz, de armonía, de suntuosidad. Decir, por ejemplo, que las más espléndidas arquitecturas europeas son miserables si se comparan con éstas, no parece sino una frase. En realidad es algo más, puesto que es una sensación. ¡Pero qué diferencia entre la intensidad con que se experimenta y la palidez con que se expresa! Las únicas palabras que convienen para este caso, son aquellas de Rudyard Kipling, que rezan: "Esto ha sido hecho como hubiese podido hacerlo un dios." Es todo lo que puede decirse. Y en cuanto a los techos de oro, a los muros de laca, a las torres de marfil, a las linternas de bronce, a todo lo que cautiva con sus colores y sus líneas, con su riqueza y su gracia, lo mejor es repetir, como los seres sencillos, que se detienen absortos a contemplarlos, la palabra "divino, divino, divino", sin tratar de explicar, ni de pintar, ni de sugerir.

FIN

INDICE